

Obsidiana

ANTOLOGIA DE CUENTOS

GUILLAUME APOLLINAIRE
JULIO CORTAZAR
ROBERTO ALIFANO
FEDERICO GANA

ROBERTO ARAYA G.
ALVARO CUADRA
JORGE CALVO
MAURICIO FUENZALIDA

PAGINA TEORICA

APUNTES SOBRE LA NOVELA POLICIACA (escritos en 1949)

1. La situación inicial y el desenlace deben tener unas motivaciones verosímiles. Deben mostrar los actos verosímiles de personajes verosímiles en una situación verosímil, recordando además, que la verosimilitud depende en buena parte de un problema de estilo. Esto pone en entredicho la mayoría de los finales con truco, así como las historias que pretenden "rizar el rizo", en las cuales el personaje más improbable resulta ser el criminal, sin conseguir convencer a nadie. Pone en entredicho asimismo una *mise en scène* complicada como la que construye Agatha Christie en *Murder in the Calais Coach*, donde el número de coincidencias necesarias es tan enorme que nadie puede creer realmente en ellas. Es evidente que tanto en éste como en los demás casos la verosimilitud es una cuestión de efecto, no de hechos, y que un escritor la alcanzará allí donde otro menos dotado sólo conseguirá hacer el ridículo.

2. No deben cometerse errores técnicos respecto a los métodos del crimen y de la investigación. No se deben utilizar venenos raros, ni hay que equivocarse en la dosis mortal, etc. No se debe poner silenciador a un revólver (porque no funcionaría, puesto que existe una discontinuidad entre el cañón y el tambor), así como tampoco mostrar una serpiente trepando por el cordón de la campanilla del timbre. Si el detective es un policía avezado, esto debe quedar claro por su manera de actuar, y además debe poseer la mentalidad y el físico de la profesión. Si se trata de un investigador privado o de un mero aficionado, debe tener los suficientes conocimientos acerca de la rutina policial como para no parecer un imbécil. También hay que tener en cuenta el nivel cultural de los lectores. Lo que se admitía en Sherlock Holmes resulta inaceptable en Dorothy Sayers, Agatha Christie o Carter Dickson.

3. Los personajes, el ambiente y la atmósfera deben ser realistas. Hay que referirse a personas reales en un mundo real, aunque exista, evidentemente, una parte de imaginación. La verosimilitud siempre sale malparada del choque entre el tiempo y el espacio. Este es el motivo por el cual cuanto más exageradas son las premisas, más literales y exactas deben ser las consecuencias que se desprenden de ellas. Son escasos los autores que se interesan por la psicología de los personajes, pero eso no significa que se trate de algo superfluo. Los que afirman que el enigma domina sobre todo el resto, no hacen más que intentar disimular su propia incapacidad para crear unos personajes y una atmósfera. Existen diferentes maneras de crear unos personajes: mediante el método subjetivo penetramos en los pensamientos y en las emociones del personaje; el método objetivo o dramático nos muestra como si estuvieran sobre un escenario, es decir, a través de su aspecto, su comportamiento, sus palabras y sus acciones; y, finalmente, lo que se denomina el estilo documental describe la cronología del caso. Este último método se aplica sobre todo a las historias de detectives en las que existe una preocupación fundamental por encontrar el tono de un informe oficial, que se limita a referir los hechos sin dejar traslucir las emociones. Sea cual sea el método elegido, siempre es preciso crear unos personajes si se quiere escribir una obra

vallosa.

4. Además el elemento de misterio, la intriga debe tener un cierto peso en tanto que argumento. Ya sé que ésta es una idea que parecerá revolucionaria a algunos "clásicos" y descabellada a todos los especialistas de segunda categoría, pero ello no contradice en absoluto su solidez. Las buenas novelas policíacas son releídas, y en ocasiones repetidas veces. Es evidente que eso no se produciría si la única fuente de interés para el lector fuera el enigma. La novela policíaca que resiste el paso de los años posee invariablemente las cualidades de una buena novela. Necesita también un cierto clima, y una cantidad suficiente de brío. Para compensar un estilo apagado hace falta una enorme habilidad técnica. Y, sobre todo en Inglaterra, es mucho más frecuente el extremo opuesto.

5. La sencillez fundamental de la estructura debe ser suficiente como para admitir una fácil explicación cuando el momento lo exija. El desenlace ideal es aquel en el que todo se aclara a lo largo de una escena fulgurante. También en este punto suelen escasear las buenas ideas, y un escritor que las demuestre merece toda clase de felicitaciones. No es necesario que la explicación sea breve (salvo en el cine), aparte de que esto resulta muchas veces imposible. Lo importante es que la explicación sea interesante en sí misma, algo que el lector espera con impaciencia, y no una nueva historia con toda una serie de personajes nuevos o irreconocibles, sacados de la manga para justificar una intriga que hace aguas. Tampoco conviene que consista en una relación interminable de detalles ínfimos, que el lector no tiene ninguna obligación de recordar. Nada tan difícil como concluir satisfactoriamente una explicación. Si se dice todo lo que hace falta para contentar al lector estúpido, el lector inteligente se subirá por las paredes, pero esto no hace más que mostrar uno de los dilemas del autor de novelas policíacas. La novela policíaca debe gustar a toda clase de públicos, y no es posible satisfacer a todos ellos con los mismos medios. Desde la época de las novelas en tres volúmenes, nunca ha existido un tipo de ficción leído por personas tan diferentes. Las personas poco cultas no leen a Flaubert y, en general, los intelectuales tampoco leen los enormes libracos que suelen presentarse como novelas históricas. Pero todo el mundo ha leído en alguna que otra ocasión una novela policíaca, aparte de que existe una cantidad sorprendente de personas que casi nunca leen otra cosa. La técnica de la explicación *vis-à-vis* ante un público cuya educación varía en tan alto grado plantea un problema casi insoluble. Es posible que, salvo para el aficionado incondicional que acepta cualquier cosa, la mejor solución sea la que ha adoptado Hollywood: "La exposición debe hacerse siempre en caliente, y una vez hecha se acabó". (Lo que quiere decir que una explicación siempre debe ir acompañada de una acción, y que es mejor suministrarla a pequeñas dosis que de golpe).

6. La solución del misterio debe escapar a un lector razonablemente inteligente. Esto, y el problema de la honestidad, constituyen los dos elementos más desconcer-

*Continúa pág. 36

JULIO EDITORIAL



Esta ANTOLOGIA nos está permitiendo mantener un espacio para la difusión de los cuentistas de la joven generación.

Hemos ido constatando que la nueva generación de narradores ha tomado conciencia de su propia identidad y comienza a comprender que puede y debiera ayudarse a sí misma.

Pensamos que el novel escritor tiene la responsabilidad de constituirse en elemento que dinamice el ambiente literario nacional con publicaciones, encuentros, foros, lecturas, etc.

Al "ENCUENTO", realizado en el Instituto Chileno-Francés de Cultura con el auspicio de la Sociedad de Escritores de Chile, concurrieron cerca de doscientas personas diarias a escuchar a los cuentistas participantes, desmintiendo las creencias de que el público en general no se interesa por oír lecturas de cuentos.

Al ENCUENTRO NACIONAL DE ESCRITORES JÓVENES convocado a fines de mayo por el CEJ (Colectivo de Escritores Jóvenes) asistieron más de cien narradores, dramaturgos, ensayistas y poetas del país. En este ENCUENTRO se efectuó una primera aproximación al análisis de la narrativa de la década, cuyas principales conclusiones incluimos en la sección de Crónica.

En esta OBSIDIANA hemos introducido una página exclusiva para los cultores del CUENTO-BREVE.

Agradecemos hondamente, y esperamos seguir teniendo el respaldo y la acogida generosa que nos han dado nuestros amigos a través de auspicio, de sus opiniones y a la vez de la difusión que hacen de OBSIDIANA. El temple de esta bella y dura piedra que sirvió de herramienta a nuestros antepasados, nos da el vigor necesario para continuar esta labor.

Los editores

Editores:

José Paredes y Diego Muñoz V.

Colaboradores:

Roberto Alifano - Eduardo Briceño - Alvaro Cuadra
Ramón Díaz Eterovic - Guillermo Trejo - Jorge Teillier
Juan Armando Apple - Pía Barros - Octavio Vásquez.

JULIO CORTAZAR

Satarsa

Cosas así para encontrar el rumbo, como ahora lo de atar a la rata, otro palíndroma pedestre y pegajoso, Lozano ha sido siempre un maniático de esos juegos que no parece ver como tal puesto que todo se le da a la manera de un espejo que miente y al mismo tiempo dice la verdad, le dice la verdad a Lozano porque le muestra su oreja derecha a la derecha, pero a la vez le miente porque Laura y cualquiera que lo mire verá la oreja derecha como la oreja izquierda de Lozano, aunque simultáneamente la definan como su oreja derecha; simplemente la ven a la izquierda, cosa que ningún espejo puede hacer, incapaz de esa corrección mental, y por eso el espejo le dice a Lozano una verdad y una mentira, y eso lo lleva desde hace mucho a pensar como delante de un espejo; si atar a la rata no da más que eso, las variantes merecen reflexión, y entonces Lozano mira el suelo y deja que las palabras jueguen solas mientras él las espera como los cazadores de Calagasta esperan a las ratas gigantes para cazarlas vivas.

Puede seguir así durante horas, aunque en este momento la cuestión concreta de las ratas no le deja demasiado tiempo para perderse en las posibles variantes. Que todo eso sea casi deliberadamente insano no le extraña, a veces se encoge de hombros como si quisiera sacarse de encima algo que no consigue explicar, con Laura se ha habituado a hablar de la cuestión de las ratas como si fuera la cosa más normal y en realidad lo es, por qué no va a ser normal cazar ratas gigantes en Calagasta, salir con el pardo Ila y con Yará a cazar las ratas. Esa misma tarde tendrán que acercarse de nuevo a las colinas del norte porque pronto habrá un nuevo embarque de ratas y hay que aprovecharlo al máximo, la gente de Calagasta lo sabe y anda a las batidas por el monte aunque sin acercarse a las colinas, y las ratas

también lo saben, por supuesto, y cada vez es más difícil campearlas y sobre todo capturarlas vivas.

Por todas esas cosas a Lozano no le parece nada absurdo que la gente de Calagasta viva ahora casi exclusivamente de la captura de las ratas gigantes, y en el momento en que prepara unos lazos de cuero muy delgado que le salta el palíndroma de atar a la rata y se queda con un lazo quieto en la mano, mirando a Laura que cocina canturreando, y piensa que el palíndromo miente y dice la verdad como todo espejo, claro que hay que atar a la rata porque es la única manera de mantenerla viva hasta enjaularla(s) y dárselas a Porsena que estiba las jaulas en el camión que cada jueves sale para la costa donde espera el barco. Pero también es una mentira porque nadie ha atado jamás una rata gigante como no sea metafóricamente, sujetándola del cuello con una horquilla y enlazándola hasta meterla en la jaula, siempre con las manos bien lejos de la boca sanguinolenta y de las garras como vidrios manoteando el aire. Nadie atará nunca a una rata, y menos desde la última luna en que Ila, Yará y los otros han sentido que las ratas desplegaban nuevas estrategias, se volvían aún más peligrosas por invisibles y agazapadas en refugios que antes no empleaban, y que cazarlas se va a volver cada vez más difícil ahora que las ratas los conocen y hasta los desafían.

— Todavía tres o cuatro meses —le dice Lozano a Laura, que está poniendo los platos en la mesa bajo el alero del rancho—. Después podremos cruzar al otro lado, las cosas parecen más tranquilas.

— Puede ser —dice Laura—, en todo caso mejor no pensar, cuántas veces nos ha ocurrido equivocarnos.

— Sí. Pero no nos vamos a quedar siempre aquí cazando ratas.

— Es mejor que pasar al otro lado a des-tiempo y que las ratas seamos nosotros para ellos.

Lozano ríe, anuda otro lazo. Es cierto que no están tan mal, Porsena paga al contado las ratas y todo el mundo vive de eso, mientras sea posible cazarlas habrá comida en Calagasta, la compañía danesa que manda los barcos a la costa necesita cada vez más ratas para Copenhague, Porsena cree saber que las usan para experiencias de genética en los laboratorios. Por lo menos que sirvan para eso, dice a veces Laura.

Desde la cuna que Lozano ha fabricado con un cajón de cerveza viene la primera protesta de Laurita. El cronómetro, la llama Lozano, el lloriqueo en el segundo exacto en que Laurita está terminando de preparar la comida y se ocupa del biberón. Casi no necesitan un reloj con Laurita, les da la hora mejor que el bip-bip de la radio, dice riéndose Laura que ahora la levanta en brazos y le muestra el biberón, Laurita sonriente y ojos verdes, el muñón golpeando en la palma de la mano izquierda como en un remedo de tambor, el diminuto antebrazo rosado que termina en una lisa semiesfera de piel; el doctor Fuentes (que no es doctor pero da igual en Calagasta) ha hecho un trabajo perfecto y no hay casi huella de cicatriz, como Laurita no hubiera tenido nunca una mano ahí, la mano que le comieron las ratas cuando la gente de Calagasta empezó a cazarlas a cambio de la plata que pagaban los daneses y las ratas se replegaron hasta que un día fue el contraataque, la rabiosa invasión nocturna seguida de fugas vertiginosas, la guerra abierta, y mucha gente renunció a cazarlas para solamente defenderse con trampas y escopetas, y buena parte volvió a cultivar la mandioca o a trabajar en otros pueblos de la montaña. Pero otros siguieron cazándolas, Porsena pagaba al contado y el camión salía cada jueves hacia la costa, Lozano fue el primero en decirle que seguiría cazando ratas, se lo dijo ahí mismo en el rancho mientras Porsena miraba la rata que Lozano había matado a patadas y Laura corría con Laurita a lo del doctor Fuentes y ya no se podía hacer nada, solamente cortar lo que quedaba colgando y conseguir esa cicatriz perfecta para Laurita inventara su tamborcito, su silencioso juego.

Al pardo Illa no le molesta que Lozano juegue tanto con las palabras, quién no es

loco a su manera, piensa el pardo, pero le gusta menos que Lozano se deje llevar demasiado y por ahí quiera que las cosas se ajusten a sus juegos, que él y Yará y Laura lo sigan por ese camino como en tantas otras cosas lo han seguido en esos años desde la fuga por las quebradas del norte después de las masacres. En esos años, piensa Illa, ya ni sabemos si fueron semanas o años, todo era verde y continuo, la selva con su tiempo propio, sin soles ni estrellas, y después las quebradas, un tiempo rojizo, tiempo de piedra y torrentes y hambre, sobre todo hambre, querer contar los días o las semanas era como tener todavía más hambre, entonces habían seguido los cuatro, primero los cinco pero Ríos se mató en un despeñadero y Laura estuvo a punto de morirse de frío en la montaña, ya estaba de seis meses y se cansaba pronto, tuvieron que quedarse vaya a saber cuánto abrigándola con fuegos de pasto seco hasta que pudo caminar, a veces el pardo Illa vuelve a ver a Lozano llevando a Laura en brazos y Laura no queriendo, diciendo que ya está bien, que puede caminar, y seguir hacia el norte, hasta la noche en que los cuatro vieron las lucecitas de Calagasta y supieron que por el momento todo iría bien, que esa noche comerían en algún rancho aunque después los denunciaran y llegara el primer helicóptero a matarlos. Pero no los denunciaron, ahí ni siquiera conocían las posibles razones para denunciarlos, ahí todo el mundo se moría de hambre como ellos hasta que alguien descubrió a las ratas gigantes cerca de las colinas y Porsena tuvo la idea de mandar una muestra a la costa.

— Atar a la rata no es más que atar a la rata —dice Lozano—. No tiene ninguna fuerza porque no te enseña nada nuevo y porque además nadie puede atar a una rata. Te quedás como al principio, esa es la joda con los palindromas.

— Ajá —dice el pardo Illa.

— Pero si lo pensás en plural todo cambia. Atar a las ratas no es lo mismo que atar a la rata.

— No parece muy diferente.

— Porque ya no vale como palindroma —dice Lozano. Nomás que ponerlo en plural y todo cambia, te nace una cosa nueva, ya no es el espejo o es un espejo diferente que te muestra algo que no conocías.

— ¿Qué tiene de nuevo?

— Tiene que atar a las ratas te da Satarsa la

rata.

— ¿Satarsa?

— Es un nombre, pero todos los nombres aíslan y definen. Ahora sabes que hay una rata que se llama Satarsa. Todas tendrán nombres, seguro, pero ahora hay una que se llama Satarsa.

— ¿Y qué ganás con saberlo?

— Tampoco sé, pero sigo. Anoche pensé en dar vuelta el asunto, desatar en vez de atar. Y en cuanto pensé en desatarlas vi la palabra al revés y daba sal, rata, sed. Cosas nuevas, fijate, la sal y la sed.

— No tan nuevas —dice Yará que escucha de lejos—, aparte de que siempre andan juntas.

— Ponele —dice Lozano—, pero muestran un camino, a lo mejor es la única manera de acabar con ellas.

— No las acabemos tan pronto —se ríe Illa—, de qué vamos a vivir si se acaban.

Laura trae el primer mate y espera, apoyándose un poco en el hombro de Lozano. El pardo Illa vuelve a pensar que Lozano juega demasiado con las palabras, que en una de esas se va a bandear del todo, que todo se va a ir al diablo.

Lozano también lo piensa mientras prepara los lazos de cuero, y cuando se queda solo con Laura y Laurita les habla de eso, les habla a las dos como si Laurita pudiera comprender y a Laura le gusta que incluya a su hija, que estén los tres más juntos mientras Lozano les habla de Satarsa o de cómo salar el agua para acabar con las ratas.

— Para atarlas de veras —se ríe Lozano—. Fijate si no es curioso, el primer palindroma que conocí en mi vida también hablaba de atar a alguien, no se sabe a quién pero a lo mejor ya era Satarsa. Lo leí en un cuento donde había muchos palindromas pero solamente me acuerdo de ese.

— Me lo dijiste una vez en Mendoza, creo, se me ha borrado.

— Atale, demoníaco Caín, o me delata —dice cadenciosamente Lozano, casi salmodiando para Laurita que se ríe en la cuna y juega con su pochito blanco.

Laura asiente, es cierto que ya están queriendo atar a alguien en ese palindroma, pero para atarlo tienen que pedirle nada menos que a Caín. Tratándolo de demoníaco por si fuera poco.

— Bah —dice Lozano—, la convención de siempre, la buena conciencia arrastrándose en

la historia desde el vamos, Abel el bueno y Caín el malo en las viejas películas de cowboys.

— El muchacho y el villano —se acuerda Laura casi nostálgica.

— Claro que si el inventor de ese palindroma se hubiera llamado Baudelaire, lo de demoníaco no sería negativo sino todo lo contrario. ¿Te acordás?

— Un poco —dice Laura—. Raza de Abel, duerme, bebe y come, Dios te sonrío complacido.

— Raza de Caín, reptar y muere miserablemente en el fango.

— Sí, y en una parte dice algo como raza de Abel, tu carroña abonará el suelo humeante, y después dice raza de Caín, arrastra a tu familia desesperada a lo largo de los caminos, algo así.

— Hasta que las ratas devoren a tus hijos —dice Lozano casi sin voz.

Laura hunde la cara en las manos, hace ya tanto que ha aprendido a llorar en silencio, sabe que Lozano no va a tratar de consolarla, Laurita sí, que encuentra divertido el gesto y se ríe hasta que Laura baja las manos y le hace una mueca cómplice. Ya va siendo la hora del mate.

Yará piensa que el pardo Illa tiene razón y que en una de esas la chifladura de Lozano va a acabar con esa tregua en la que por lo menos están a salvo, por lo menos viven con la gente de Calagasta y se quedan ahí porque no se puede hacer otra cosa, esperando que el tiempo aplaste un poco los recuerdos del otro lado y que también los del otro lado se vayan olvidando de que no pudieron atraparlos, de que en algún lugar perdido están vivos y por eso culpables, por eso la cabeza a precio, incluso la del pobre Ruiz despeñado de un barranco hace tanto tiempo.

— Es cuestión de no seguirle la corriente —piensa Illa en voz alta—. Yo no sé, para mí siempre es el jefe, tiene eso, comprendés, no sé qué pero lo tiene y a mí me basta.

— Lo jodió la educación —dice Yará—. Se la pasa pensando o leyendo, eso es malo.

— Puede. Yo no sé si es eso, Laura también fue a la facultad y ya ves, no se le nota. No me parece que sea la educación, lo que lo pone loco es que estemos embretados en este agujero, y lo que pasó con Laurita, pobre gurisa.

— Vengarse —dice Yará—. Lo que quiere

es vengarse.

— Todos queremos vengarnos, unos de los milicos y otros de las ratas, es difícil guardar la cabeza fresca.

A Illa se le ocurre que la locura de Lozano no cambia nada, que las ratas siguen ahí y que es difícil cazarlas, que la gente de Calagasta no se anima a ir demasiado lejos porque se acuerdan de los cuentos, del esqueleto del viejo Millán o de la mano de Laurita. Pero también ellos están locos, y sobre todo Porsena con el camión y las jaulas, y los de la costa y los daneses están todavía más locos gastando plata en ratas para vaya a saber qué. Eso no puede durar mucho, hay chifladuras que se cortan de golpe y entonces será de nuevo el hambre, la mandioca cuando haya, los chicos muriéndose con las barrigas hinchadas. Por eso mejor estar locos, al fin y al cabo.

— Mejor estar locos —dice Illa, y Yarará lo mira sorprendido y después se ríe, asiente casi.

— Cuestión de no seguirle el tren cuando la empieza con Satarsa y la sal y esas cosas, total no cambia nada, él es siempre el mejor cazador.

— Ochenta y dos ratas —dice Illa—. Le batió el récord a Juan López que andaba en la setenta y ocho.

— No me hagás pasar calor —dice Yarará—, yo con mis treinta y cinco apenas.

— Ya ves —dice Illa—, ya ves que él siempre es el jefe, por donde lo busques.

Nunca se sabe bien cómo llegan las noticias, de golpe hay alguien que sabe algo en el almacén del turco Adab, casi nunca indica la fuente pero la gente vive tan aislada que las noticias llegan como una bocanada del viento del oeste, el único capaz de traer un poco de fresco y a veces de lluvia. Tan raro como las noticias, tan breve como el agua que acaso salvará los cultivos siempre amarillos, siempre enfermos. Una noticia ayuda a seguir tirando, aunque sea mala.

Laura se entera por la mujer de Adab, vuelve al rancho y la dice en voz baja como si Laurita pudiera comprender, le alcanza otro mate a Lozano que lo chupa despacio, mirando el suelo donde un bicho negro progresa despacio hacia el fogón. Alargando apenas la pierna aplasta al bicho y termina el mate, lo devuelve a Laura sin mirarla, de mano a mano como tantas veces, como tantas cosas.

— Habrá que irse —dice Lozano—. Si es

cierto, estarán muy pronto aquí.

— ¿Y adónde?

— No sé, y aquí nadie lo sabrá tampoco, viven como si fueran los primeros o los últimos hombres. A la costa en el camión, supongo, Porsena estará de acuerdo.

— Parece un chiste —dice Yarará que arma un cigarrillo con lentos movimientos de alfarero—. Irnos con las jaulas de las ratas, date cuenta. ¿Y después?

— Después no es problema —dice Lozano—. Pero hace falta plata para ese después. La costa no es Calagasta, habrá que pagar para que nos abran camino al norte.

— Pagar —dice Yarará—. A eso habremos llegado, tener que cambiar ratas por la libertad.

— Pero son ellos que cambian la libertad por ratas —dice Lozano.

Desde su rincón donde se obstina en remendar una bota irremediable, Illa se ríe como si tosiera. Otro juego de palabras, pero hay veces en que Lozano da en el blanco y entonces casi parece que tuviera razón con su manía de andar dando vuelta los guantes, de verlo todo desde la otra punta. La cábala del pobre, ha dicho alguna vez Lozano.

— La cuestión es la gurisa —dice Yarará—. No nos podemos meter en el monte con ella.

— Seguro —dice Lozano—, pero en la costa se puede encontrar algún pesquero que nos deje más arriba, es cuestión de suerte y de plata.

Laura la tiende un mate y espera, pero ninguno dice nada.

— Yo pienso que ustedes dos deberían irse ahora —dice Laura sin mirar a nadie—. Lozano y yo veremos, no hay por qué demorarse más, váyanse ya por la montaña.

Yarará enciende un cigarrillo y se llena la cara de humo. No es bueno el tabaco de Calagasta, hace llorar los ojos y le da tos a todo el mundo.

— ¿Alguna vez encontraste una mujer más loca? —le dice a Illa.

— No, che. Claro que a lo mejor quiere librarse de nosotros.

— Váyanse a la mierda —dice Laura dándoles la espalda, negándose a llorar.

— Se puede conseguir suficiente plata —dice Lozano—. Si cazamos bastantes ratas.

— Si cazamos.

— Se puede —insiste Lozano—. Es cosa de empezar hoy mismo, irnos a buscarlas. Porse-

na nos dará la plata y nos dejará viajar en el camión.

— De acuerdo —dice Yará—, pero del dicho al hecho ya se sabe.

Laura espera, mira los labios de Lozano como si así pudiera no verle los ojos clavados en una distancia vacía.

— Habrá que ir hasta las cuevas —dice Lozano—. No decirle nada a nadie, llevar todas las jaulas en la carreta del tape Guzmán. Si decimos algo nos van a salir con lo del viejo Millán y no van a querer que vayamos, ya sabés que nos aprecian. Pero el viejo tampoco les dijo nada esa vez y fue por su cuenta.

— Mal ejemplo —dice Yará.

— Porque iba solo, porque le fue mal, por lo que quieras. Nosotros somos tres y no somos viejos. Si las acorralamos en la cueva, porque yo creo que es una sola cueva y no muchas, las fumigamos hasta hacerlas salir. Laura nos va a cortar esa piel de vaca para envolvernos bien las piernas arriba de las botas. Y con la plata podemos seguir al norte.

— Por las dudas llevamos todos los cartuchos —le dice Illa a Laura—. Si tu marido tiene razón habrá ratas de sobra para llenar diez jaulas, y las otras que se pudran a tiro limpio, carajo.

— El viejo Millán también llevaba la escopeta —dice Yará—. Pero claro, era viejo y estaba solo.

Saca el cuchillo y lo prueba en un dedo, va a descolgar la piel de vaca y empieza a cortarla en tiras regulares. Lo va a hacer mejor que Laura, las mujeres no saben manejar cuchillos.

El zaino tira siempre hacia la izquierda aunque el tobiano aguanta y la carreta sigue abriendo una vaga huella, derecho al norte en los pastizales; Yará tiende más las riendas, le grita al zaino que sacude la cabeza como protestando. Ya casi no hay luz cuando llegan al pie del farallón, pero de lejos han visto la entrada de la cueva dibujándose en la piedra blanca; dos o tres ratas los han olido y se esconden en la cueva mientras ellos bajan las jaulas de alambre y las disponen en semicírculo cerca de la entrada. El pardo Illa corta pasto seco a machetazos, bajan estopas y kerose-ne de la carreta y Lozano va hasta la cueva, se da cuenta de que puede entrar agachando apenas la cabeza. Los otros le gritan que no sea loco, que se quede afuera; ya la linterna reco-

rre las paredes buscando el túnel más profundo por el que no se puede pasar, el agujero negro y moviente de puntos rojos que el haz de luz agita y revuelve.

— ¿Qué hacés ahí? —le llega la voz de Yará—. ¡Salí, carajo!

— Satarsa —dice Lozano en voz baja, hablándole al agujero desde donde lo miran los ojos en torbellino.

— Salí vos, Satarsa, salí rey de las ratas, vos y yo solos, vos y yo y Laurita, hijo de puta.

— ¡Lozano!

— Ya voy, nene —dice despacio Lozano. Elige un par de ojos más adelantados, los mantiene bajo el haz de luz, saca el revólver y tira. Un remolino de chispas rojas y de golpe nada, capaz que ni siquiera le dio. Ahora solamente el humo, salir de la cueva y ayudar a Illa que amontona el pasto y la estopa, el viento los ayuda; Yará acerca un fósforo y los tres esperan al lado de las jaulas; Illa ha dejado un pasaje bien marcado para que las ratas puedan escapar de la trampa sin quemarse, para enfrentarlas justo delante de las jaulas abiertas.

— ¿Y a esto le tenían miedo los de Calagasta? —dice Yará—. Capaz que el viejo Millán se murió de otra cosa y se lo comieron ya fiambre.

— No te frías —dice Illa.

Una rata salta afuera y la horquilla de Lozano la atrapa por el cuello, el lazo la levanta en el aire y la tira en la jaula; a Yará se le escapa la que sigue pero ahora salen de a cuatro o cinco, se oyen los chillidos en la cueva y apenas tienen tiempo de atrapar a una cuando ya cinco o seis resbalan como víboras buscando evitar las jaulas y perderse en el pastizal. Un río de ratas sale como un vómito rojizo, allí donde se clavan las horquillas hay una presa, las jaulas se van llenando de una masa convulsa, las sienten contra las piernas, siguen saliendo montadas las unas sobre las otras, destrozándose a dentelladas para escapar al calor del último trecho, desbandándose en la oscuridad. Lozano como siempre es el más rápido, ya ha llenado una jaula y va por la mitad de la otra. Illa suelta un grito ahogado y levanta una pierna, hunde la bota en una masa moviente, la rata no quiere soltar y Yará con su horquilla la atrapa y la enlaza, Illa putea y mira la piel de vaca como si la rata estuviera todavía mordiendo. Las más enormes salen al final, ya no parecen ratas y es difícil hundirles la horquilla en el pescuezo y levantarlas en el

aire; el lazo de Yará se rompe y una rata escapa arrastrando el pedazo de cuero, pero Lozano grita que no importa, que apenas falta una jaula, entre Illa y él la llenan y la cierran a golpes de horquilla, empujan los pasadores, con ganchos de alambre las alzan y las suben a la carreta y los caballos se espantan y Yará tiene que sujetarlos por el bocado, hablarles mientras los otros trepan al pescante. Ya es noche cerrada y el fuego empieza a apagarse.

Los caballos huelen las ratas y al principio hay que darles rienda, se largan al galope como queriendo hacer pedazos la carreta. Yará tiene que sofrenarlos y hasta Illa ayuda, cuatro manos en las riendas hasta que el galope se rompe y vuelven a un trote intermitente, la carreta se desvía y las ruedas se enredan en piedras y malezas, atrás las ratas chillan y se destrozan, de las jaulas viene ya el olor a sebo, a mierda líquida, los caballos lo huelen y relinchan defendiéndose del bocado, queriendo zafarse y escapar, Lozano junta las manos con las de los otros en las riendas y ajustan poco a poco la marcha, coronan el monte pelado y ven asomar el valle, Calagasta con tres o cuatro luces apenas, la noche sin estrellas, a la izquierda la lucecita del rancho en medio del campo como hueco, alzándose y bajando con las sacudidas de la carreta, apenas quinientos metros, perdiéndose de golpe cuando la carreta entra en la maleza donde el sendero es puro latigazo de espinas contra las caras, la huella apenas visible que los caballos encuentran mejor que las seis manos aflojando poco a poco las riendas, las ratas aullando y revolcándose a cada sacudida, los caballos resignados pero tirando como si quisieran llegar ya, estar ya ahí donde los van a soltar de ese olor y esos chillidos para dejarlos irse al monte y encontrarse con su noche, dejar atrás eso que los sigue y los acosa y los enloquece.

— Te vas volando a buscar a Porsena —le dice Lozano a Yará—, que venga enseguida a contarlas y a darnos la plata, hay que arreglar para salir de madrugada con el camión.

El primer tiro parece casi en broma, débil y aislado, Yará no ha tenido tiempo de contestarle a Lozano cuando la ráfaga llega con un ruido de caña seca rompiéndose en mil pedazos contra el suelo, una crepitación apenas más fuerte que los chillidos de las jaulas, un golpe de costado y la carreta desviándose a la

maleza, el zaino a la izquierda queriendo arrancarse a los tirones y doblando las manos, Lozano y Yará saltando al mismo tiempo, Illa del otro lado, aplastándose en la maleza mientras la carreta sigue con las ratas aullando y se para a los tres metros, el zaino pateando en el suelo, todavía sostenido a medias por el eje de la carreta, el tobiano relinchando y debatiéndose sin poder moverse.

— Cortate por ahí —le dice Lozano a Yará.

— Pa qué mierda —dice Yará—. Llegaron antes, ya no vale la pena.

Illa se les reúne, alza el revólver y mira la maleza como buscando un claro. No se ve la luz del rancho pero saben que está ahí, justo detrás de la maleza, a cien metros. Oyen las voces, una que manda a gritos, el silencio y la nueva ráfaga, los chicotazos en la maleza, otra buscándolos más abajo a puro azar, les sobran balas a los hijos de puta, van a tirar hasta cansarse. Protegidos por la carreta y las jaulas, por el caballo muerto y el otro que se debate como una pared moviente, relinchando hasta que Yará le apunta a la cabeza y lo liquida, pobre tobiano tan guapo, tan amigo, la masa resbalando a lo largo del timón y apoyándose en las ancas del zaino que todavía se sacude de tanto en tanto, las ratas delatándolos con chillidos que rompen la noche, ya nadie las hará callar, hay que abrirse hacia la izquierda, nadar brazada a brazada en la maleza espinosa, echando hacia adelante las escopetas y apoyándose para ganar medio metro, alejarse de la carreta donde ahora se concentra el fuego, donde las ratas aúllan y claman como si entendieran, como vengándose, no se puede atar a las ratas, piensa Illa, tenías razón mi jefe, me cago en tus jueguitos pero tenías razón, puta que te parió con tu Satarsa, cuánta razón tenías, concheturmadre.

Aprovechar que la maleza se adelgaza, que hay diez metros en que es casi pasto, un hueco que se puede franquear revolcándose de lado, las viejas técnicas, rodar y rodar hasta meterse en otro pastizal tupido, levantar bruscamente la cabeza para abarcarlo todo en un segundo y esconderse de nuevo, la lucecita del rancho y las siluetas moviéndose, el reflejo instantáneo de un fusil, la voz del que da órdenes a gritos, la balacera contra la carreta que grita y aúlla en la maleza. Lozano no mira de lado ni hacia atrás, ahí hay

solamente silencio, hay Illa y Yarará muertos o acaso como él resbalando todavía entre las matas y buscando un refugio, abriendo picada con el ariete del cuerpo, quemándose la cara contra las espinas, ciegos y ensangrentados topos alejándose de las ratas porque ahora sí son las ratas, Lozano las está viendo antes de sumirse de nuevo en la maleza, de la carreta llegan los chillidos cada vez más rabiosos pero las otras ratas no están ahí, las otras ratas le cierran el camino entre la maleza y el rancho y aunqua la luz sigue encendida en el rancho Lozano sabe ya que Laura y Laurita no están ahí, o están ahí pero ya no son Laura y Laurita ahora que las ratas han llegado al rancho han tenido todo el tiempo que necesitaban para hacer lo que habrán hecho, para esperarlo como lo están esperando entre el rancho y la carreta, tirando una ráfaga tras otra, mandando y obedeciendo y tirando ahora que ya no tiene sentido llegar al rancho y sin embargo otro metro, otro revolcón que le llena las manos de espinas hirvientes, la cabeza asomándose para mirar, para ver a Satarsa, saber que ése que grita instrucciones es Satarsa y todos los otros son Satarsa y enderezarse y tirar la inútil andanada de perdigones contra Satarsa que bruscamente gira hacia él y se tapa la cara con las manos y cae hacia atrás, alcanzado por los perdigones que le han llegado a los ojos, le han reventado la boca, y Lozano tirando el otro cartucho contra el que vuelve la ametralladora hacia él y el blando estampido de la escopeta ahogado por la crepitación de la ráfaga, las malezas aplastándose bajo el peso de Lozano que cae de boca entre las espinas que se le hunden en la cara, en los ojos abiertos.

JULIO CORTAZAR (1914-1984)

Nació en Bruselas, Bélgica, en 1914, de padres argentinos que desempeñaban funciones diplomáticas en ese país. A los cuatro años es reintegrado en su país, y pasa su infancia en Banfield, cerca de Buenos Aires. Ya mayor estudia magisterio y profesorado en Letras en Buenos Aires. Ingresó a la universidad de Buenos Aires la que abandona por problemas económicos. Trabaja varios años en distintos pueblos de provincia, alternando la cátedra con nutridas lecturas literarias e incipiente producción. Venía escribiendo desde los nueve años, pero desconfía de lo que escribe, y su primer libro de poemas "Presencia" (1938) lo publica con el seudónimo Julio Denis. Más tarde enseña en la Universidad de Cuyo, pero renuncia a ella, disconforme con el ambiente político de la época y adversario militante del peronismo. En 1949 publica su poema dramático "Los Reyes" y en 1951, su primer volumen de cuentos "Bestiario". Incómodo con el ambiente social y cultural del país, se aleja en esa fecha, estableciendo su residencia habitual en París, desempeñándose como traductor de la UNESCO. En 1956 publica "Final del juego". En 1959 da a conocer "Las Armas Secretas" libro que contiene uno de los relatos fundamentales de Cortázar: "El Perseguidor". En 1960 publica "Los Premios", su primera novela; y en 1962, aparece "Historias de cronopios y de famas". En 1963, es el año de "Rayuela", para muchos una de las dos o tres novelas más formidables escritas en español en lo que va del siglo. De esta fecha es también la manifestación de su compromiso ideológico, adhiriendo a la causa de la Revolución Cubana, y años después, manifiesta su apoyo al gobierno de Allende en Chile, y en el último tiempo, su adhesión a la Revolución Sandinista en Nicaragua. En 1966 publica "Todos los fuegos el fuego". En 1967 da a conocer "La vuelta al día en ochenta mundos" y en 1969, "Ultimo Round". Entre estos dos libros, publica en 1968, su novela "62 Modelo para Armar". En 1971 publica "Pameos y Meopas" libro que recoge su poesía de distintas épocas; y "Prosa del Observatorio". En 1973 publica "El Libro de Manuel". Otros libros de la última década son: "La casilla de los Morelli" (1973); "Octaedro" (1974); "Fantomas contra los vampiros multinacionales" (1975); "Alguien que anda por ahí" (1977); "Un tal Lucas" (1979); "Queremos tanto a Glenda" (1981); "Deshoras" (1983). En mayo de 1982, emprende con Carol Dunlop, su esposa, un viaje a través de la carretera del sur que une París con Marsella. El registro de este viaje queda en el libro "Los Autonautas de la Cosmopista" editado en 1983, meses después de la muerte de su esposa. El 12 de febrero de 1984 fallece en París, y esta noticia inesperada, golpea a toda América Latina, la que siempre tuvo en Cortázar un defensor incansable de su independencia y libertad. En abril de 1984, se edita póstumamente su libro "Nicaragua violentamente dulce".

Tal vez reflejando a Cortázar, su Oliveira de "Rayuela" reflexiona por ahí en la página veinte, diciendo: "Ya para entonces me había dado cuenta de que buscar era mi signo, emblema de los que salen de noche sin propósito fijo".

GUILLAUME APOLLINAIRE

El marinero de Amsterdam

I. El bergantín holandés *Alkmar* regresaba nuevamente de Java, cargado de especies y otros elementos preciados. Hizo escala en Sathampton y se autorizó a la tripulación a bajar a tierra.

Uno de ellos, Hendrikk Versteeg, traía un mono en el hombro derecho, un loro en el izquierdo y, pendiendo de la espalda, una farda de tejidos hindúes, que pensaba vender en la ciudad junto con los animales.

Era el inicio de la primavera y anocheecía pronto. Hendrikk Versteeg caminaba velozmente por las calles un poco sombrías que apenas iluminaba la luz de gas. El marino pensaba en su pronto regreso a Amsterdam, en su madre, a quien hacía tres años que no veía, en su novia, que lo aguardaba en Monikendam. Calculaba el dinero que le ocasionarían los animales y las telas y buscaba un comercio donde vender esos artículos exóticos.

En Abve Bar Street, un caballero muy cabal se le acercó y le preguntó si buscaba adquirente para el loro.

—Este pájaro —dijo— me convendría. Preciso alguien que me platique sin que yo tenga que responderle, y vivo solo.

Como la mayoría de los marineros holandeses, Hendrikk Versteeg hablaba inglés. Estableció un precio que el desconocido aprobó.

—Sígame —dijo éste—. Vivo bastante apartado. Usted depositará el loro en una jaula que tengo en casa. Usted me exhibirá sus telas y quizás yo halle alguna que me agrade.

Muy dichoso, Hendrikk Versteeg acompañó al caballero, y, mientras andaban, le hizo el alabo del mono, que pertenecía, le dijo, a una especie muy rara, cuyos componentes se encariñan con los dueños y soportan bien el clima de Inglaterra.

Muy pronto Hendrikk Versteeg dejó de hablar. El desconocido no le respondía y ni siquiera parecía oírlo.

Continuaron su camino en silencio uno al lado del otro. Nostalgias de la selva natal, el mono, atemorizado por la neblina gemía como un niño, y el loro sacudía las alas.

Al cabo de una hora de caminar, expresó bruscamente el desconocido:

—Ya nos encontramos cerca de casa. Se hallaban fuera de la ciudad. Rodeaban el camino grandes parques bordeados de verjas; de vez en cuando relucían a través de los árboles las ventanas de un *cottage* y se escuchaba a veces muy distante el lúgubre grito de una sirena, en el mar.

El desconocido se paró ante una verja, extrajo un llavero y abrió la puerta. La cerró luego que entró Hendrikk.

El marinero estaba intranquilo. Divisaba apenas, en el fondo del jardín, una casita de aspecto bastante agradable, pero por cuyas celosías cerradas no se advertía ninguna luz.

El caballero taciturno, la casa sin actividad, todo era bastante siniestro. Pero Hendrikk se acordó que el extraño caballero vivía solo. Es un hombre insólito, pensó, y como un tripulante holandés no es lo bastante adinerado para que alguien piense en robarlo, se abochornó de ese momentáneo miedo.

II.—Si tiene fósforos, alumbrame —dijo el caballero, metiendo una llave en la cerradura de la puerta de la casa.

El marinero obedeció al pedido, y en cuanto entraron, el desconocido acercó una lámpara, que rápidamente alumbró una sala amueblada con gusto.

Hendrikk Versteeg había recuperado su calma. Sostenía ya la perspectiva que su raro compañero le adquiriría gran parte de las telas.

El desconocido, que se había ausentado de la sala, retornó con una jaula en su mano.

—Ponga aquí el loro —exclamó—. Le colocaré un aro cuando haya aplacado del todo y sepa decir lo que yo deseo que diga.

Después de haber cerrado la jaula, mandó al marino que agarrara la lámpara y entrara en el cuarto contiguo donde, según él dijo, tenía una mesa amplia para extender las exóticas telas.

Hendrikk Versteeg accedió y entró en la habitación indicada por el desconocido. La puerta se cerró de inmediato a sus espaldas; la llave giró; estaba encerrado.

Aturdido, apoyó la lámpara sobre la mesa y se abalanzó sobre la puerta, para tratar de abrirla. Lo detuvo una voz:

—Un paso más y termino con usted marinerero.

Levantando la cabeza Hendrikk vio, por un tragaluz que no había observado hasta ese momento, el caño de un revólver que lo apuntaba. Se detuvo, aterrado.

Inútil combatir. De nada le auxiliaría su cuchillo; ni tampoco le hubiera sido útil un revólver. El extraño exclamó:

—Oígame bien, y obedezca. El favor obligado que usted ejecutará, tendrá su premio. Pero la determinación es mía. Usted acatará ciegamente; de lo contrario, lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa... Hallará un revólver de seis tiros, con cinco balas. Tómelo.

El tripulante holandés acataba las órdenes casi sin pensar. En su hombro, el mono daba alaridos y temblaba. El desconocido prosiguió:

—Al final del cuarto hay una cortina. Descórrala.

Plegada la cortina, Hendrikk vio un dormitorio; allí sujeta de pies y manos, sobre una cama, una mujer lo observaba con desesperación.

—Suelte a esa mujer —exclamó el extraño— y retírole la mordaza.

Cumplida la orden, la mujer, joven y de notable belleza, se hincó ante el tragaluz y clamó:

—Harry, es una trampa vil. Me has traído aquí para matarme. Aparentaste haber alquilado esta casa para que pasáramos el primer lapso de nuestra reconciliación. Tenía por seguro el haberte persuadido. Pensé que al

fin estabas seguro de que jamás he sido responsable. ¡Harry, soy inocente!

—No te creo —exclamó parcamente el desconocido.

—Harry, soy inocente —volvió a decir con lacerada voz la joven.

—Son tus palabras finales; las anoto esmeradamente. Me las repetirán eternamente —la voz del extraño castañeo un poco, pero rápidamente se afirmó—. Porque sigo amándote; si te quisiera menos, te mataría yo mismo. Pero eso me resultaría inejecutable, puesto que te quiero... En este instante marinero, si usted no ultima a esa mujer antes de que yo haya numerado hasta diez, usted yacerá sin vida junto a ella. Uno, dos, tres, cuatro...

Antes de que el desconocido lograra contar hasta cinco Hendrikk abrió fuego sobre la joven que, constantemente arrodillada, lo miraba penetrantemente. La mujer se desplomó sobre el suelo, de cara. Había percibido el disparo en la frente. Rápidamente, un segundo disparo dio alcance al marinerero en la sien derecha. Hendrikk se precipitó contra la mesa a su vez el mono, con penetrantes alaridos de terror, se ocultaba en su camisa.

III. Al otro día, unos peatones oyeron gritos raros que partían de un *cottage* en los alrededores de Southampton y dieron aviso a la policía. Los agentes penetraron en la casa.

Encontraron los cuerpos sin vida de la joven y del marinerero. El mono salió a empellones de la camisa de su dueño y se encaramó sobre uno de los policías. A tal punto les espantó que éstos retrocedieron y le dieron muerte a tiros.

La justicia presentó su informe. Parecía indudable que el marinerero había dado muerte a la joven y luego se había suicidado. A pesar de eso, las causas del drama eran oscuras. No hubo complicación para reconocer los cuerpos. La muchedumbre se interrogó como Lady Finngal, dama de un par del Reino, podía haber permanecido sola, en una alejada casa de campo, con un marinerero que había arribado el día anterior, a Southampton.

El dueño de la casa no pudo proveer a la justicia ningún dato satisfactorio. La casa había sido rentada, ocho días antes del trágico suceso, por un tal Collins, de Manchester,

imposible hallarlo. Collins usaba anteojos y portaba una extensa barba roja, que muy fácil podría ser falsa.

El lord arribó de Londres rápidamente. Veneraba a su esposa y su abatimiento daba pena. Como a los demás el hecho le parecía incomprensible.

A partir de estos sucesos se ha aislado del mundo. Vive en su casa de Kesinton, sin otra compañía que un mucamo mudo y un loro que repite sin parar:

— ¡Harry, soy inocente!

Guillaume Apollinaire (1880-1918). Poeta y prosista francés de origen eslavo. Fue herido en la primera guerra europea. Ejerció gran influencia en la juventud de su tiempo, no sólo en los hombres de letras, sino en los pintores cubistas. Obras principales: Bestiario, Alcoholes, Caligramas, Heresiarca y Compañía, El poeta asesinado.

Roberto Alifano

No somos nada

Como tuvo un día bastante complicado en la oficina, llegó a su casa más tarde de lo habitual. Alicia y los chicos ya estaban acostados, salvo Ricardo, que había salido con sus amigos en la motocicleta. "Ese muchacho un día nos dará un dolor de cabeza —se dijo—. ¿No sé para qué demonios le compré esa moto?". Fue un momento de debilidad; ahora estaba arrepentido, pero ya era tarde. Además, su hijo era un inconsciente. Lo había visto en plena avenida disparando como un loco, con el acelerador a fondo. No quería entender que el paragolpe de la motocicleta es la propia cabeza, por más casco que se lleve puesto.

No tenía hambre y decidió acostarse en seguida. Había comido un sandwich, mientras ajustaba con el abogado los detalles referentes al juicio iniciado a la tabacalera. Por otra parte no le venía mal hacer un poco de régimen; en los últimos meses no se sentía bien con esos kilos de más. Se metió en la cama despacio, tratando de no hacer ruido, para no despertar a Alicia que dormía profundamente. ¡Qué linda se la veía con su pelo negro desparramado sobre la Almohada! Hacía mucho que Alicia no lo esperaba despierta, como antes; pero bueno, los años no pasan en vano. El tampoco tenía ganas de nada; todo andaba tan complicado por culpa de la crisis. "Con el tiempo la pasión se enfría y lo que queda es otra cosa; todo se vuelve más espiritual", se dijo para consolarse.

Se acurrucó junto al cuerpo tibio de Alicia. Le costaba trabajo dormirse últimamente desde que le había comprado a Ricardo la motocicleta. Para apartar los malos pensamientos comenzó a hacer proyectos para el día siguiente, para el mes siguiente, para el año siguiente... Remotos e imprecisos proyectos que, por lo general, nunca se cumplen. El rugido de la motocicleta junto a la puerta de calle, los leves pasos de su hijo en el living, lo tranquilizaron. ¡Al fin había regresado! A los pocos minutos el sueño lo visitó con la dulzura de una melodía; des-

pués todo fue silencio, plenitud, felicidad.

En el fondo de ese sueño, soñó que recorrería jardines primaveralmente florecidos, vio un río de cristalinas aguas que corría incesantemente, vio un amanecer que despuntaba tras una colina, sintió el cotorreo de amorosas palomas y la voz arrobadora y fresca del ruiseñor.

Un brusco y torpe ruido de metales lo conmovió. Luego oyó un gimoteo, luego un coro de llantos, que venía de la cocina, luego los suspiros de alguien que se desmayaba al entrar a la casa. "Ricardo, algo le pasó a Ricardo", pensó de pronto. Pero después recordó que antes de quedarse dormido lo había oído llegar con su motocicleta.

Intentó mover un brazo y sintió que le pesaba más que un quintal. Quiso incorporarse, pero fue en vano. Estaba como apisonado a la tierra. Un intenso olor a cera y a flores había invadido el ambiente. Gritó a viva voz el nombre de Alicia. Nadie acudió. Unos instantes después el coro de llantos y de lamentos se fue aproximando a él. Alicia, su madre, su hermana, sollozaban a la manera de las tragedias griegas y derramaban lagrimones sobre su pecho. Trató de explicar que aquello no era real, que sólo era un sueño. No lo oían, o fingían no oírlo.

Por minutos lo dejaron solo, como si los vivos pudieran hacerle compañía a un muerto. Después vino mucha gente que él conocía y desconocía. Ya estaba resignado y le causaba cierta gracia la forma en que todos lamentaban su condición.

Por fin el de la funeraria ordenó que salieran del cuarto para cerrar el ataúd.

—Menos mal —se dijo entonces con alivio—. El estúpido lugar común "no somos nada" ya me estaba hartando.

Roberto Alifano (1943). Poeta y narrador argentino. Ha ejercido también la crítica literaria y el periodismo. Amigo y colaborador de Jorge Luis Borges, ha traducido con él las *Fábulas de Robert Luis Stevenson* y la obra poética de Hermann Hesse. Actualmente trabajan en una traducción de Lewis Carroll y dirigen una colección de cuentistas argentinos. Es autor de tres libros de poemas: *De sueños y Caminantes* (1966), *Revoque Grueso* (1973) y *Sueño que Sueña* (1983). Sus libros en prosa son: *El Sobre Rojo* (1983), *El Rehacedor y otras Variaciones* (1984) y *Twenty Four Conversations With Borges* (editado en los Estados Unidos en 1983). El cuento *No Somos Nada*, pertenece a un volumen que editará Emecé en el corriente año. Colaborador de la revista *Vuelta* de México, de *El Magazine Littéraire* de París y de *Clarín*, *Nación* y *Prensa* de Argentina. La revista *Proa*, fundada por Güiralde y Borges en 1922, aparecerá próximamente bajo su dirección.

Federico Gana

Un carácter

Esto que hoy relato pasó en la lejana aldea de X, allende el Maule, vecina al pueblo donde yo vivía.

El reo está frente al juez. Es un hombre como de cuarenta y cinco a cincuenta años, de larga y espesa barba negra, nariz aplastada, frente estrecha, carnosa, surcada de arrugas, ojos bizcos y mandíbula inferior saliente y temblorosa. Su cuerpo es fuerte y robusto, aunque deforme: los brazos extremadamente largos, las espaldas anchas y gruesas y las piernas muy cortas, torcidas en forma de arco. Viste un raído y manchado pantalón de mezcla, una camisa de tocuyo y un harapo en forma de manta. Los pies desnudos. Ha entrado cojeando a causa de los grillos y de su natural deformidad, con la cabeza baja y la frente contraída, como sumergido en una profunda abstracción.

Al llegar al medio de la sala, ha levantado la vista y paseado una larga mirada por toda la habitación.

El juez lo contempla fijamente y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

Tarda un instante en contestar y, al fin, responde con voz ruda y sonora:

—No sé.

—¿Cómo! ¿No sabes?

—En el pueblo me llaman Juan, "Juanito", contesta con indiferencia.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre.

—¿Y tu madre?

—No tengo madre.

—¿No tienes pariente alguno, entonces?

—Soy solo —dice sencillamente y vuelve a inclinar la cabeza sobre el pecho.

El juez permanece un instante en silencio. En seguida le dice:

—¿Tú mataste al señor Gómez?

—Sí, señor, yo lo maté; yo le deshice la cabeza a garrotazos hasta hacerle saltar los sesos y quebrarle todo el cuerpo con ese palo que hay sobre la mesa. Mucho tiempo lo esperé para matarlo detrás de la cerca... Ahí me pasé varios días. Bien sabrá que al fin

había de verlo solo. Y cuando lo vi que venía para su quinta me le fui encima con ese palo y le pegué hasta dejarlo convertido en una masa. ¡Así lo hice, señor juez!

Al terminar, la mandíbula inferior del reo tiembla ligeramente.

Un largo silencio sigue a estas palabras.

—¿No sabías, entonces, que te habrían de fusilar?

—Sí, lo sabía, señor, pero lo que hice hecho está y ¡ni el mismo Dios lo podría deshacer! Pero antes que me condenen, quiero decir algo a Su Señoría. Diré lo que tengo aquí en el pecho. A nadie importa lo que tengo que decir, pero escúcheme, se lo ruego. El era un caballero principal, muy rico. Sí, él tenía mucha plata y casas, y padre, madre, mujer, muchos hijos. Todos lo querían a "el". El comía bien, siempre; andaba abrigado. Debía pasarlo muy bien, digo yo. Yo no he dicho antes nada, por esto. Ahora yo no tenía que comer, sino lo que me daban, he tenido frío y hambre y nadie, nadie se ha acordado de mí. Yo he padecido todo sin quejarme. Y ¿qué hubiera conseguido? ¡Nada!

Pues, ahora quiero que Su Señoría oiga esto que voy a decir, y es que yo, que no tenía a nadie, porque, como ya lo dije, soy solo, había recogido del agua a un perro que se estaba ahogando, y le di que comer y lo crié... Diez años vivimos juntos; y me acompañaba por los caminos a pedir limosna; y cuando no había qué comer, él no se separaba de mí hasta que venían los días buenos. Y ahora pregunto yo: ¿Los hombres hacen esto? No. Cuando falta la comida ellos se separan. Mil veces le pegaron a él por defenderme a mí. Me cuidaba, y yo lo quería más que a todo en el mundo. Sabía que una vez muerto él, nadie se acordará ya más de mí, nadie jugaría conmigo, porque todos me odian y me desprecian. Y ahora, dígame Su Señoría: por qué él, que era un caballero, a quien nada le faltaba, y yo un miserable infeliz, que no le había hecho ningún mal ¿por qué vino y me buscó para matar al animal?... ¿Por qué él, que era tan rico, vino a quitarme mi única riqueza?

El animal era jugueteón; y un día que el caballero pasaba frente al camino, le salió a ladrar. Entonces él sacó un trabuco y lo hirió, y lo mató. Murió, pues, y ¡quién lo creyera al morir me conoció y meneaba la

cola como haciéndome cariño!...

Se detiene un instante para tomar aliento; en seguida se inclina hacia adelante como avergonzado, y toma entre sus manos una de las hilachas de la manta y principia a retorcerla con fuerza entre sus dedos. Después continúa, con voz sorda.

—Ahora, yo quedé solo, y todo por culpa de ese hombre a quien jamás había hecho daño. ¿Para qué me servía la vida sin mi perro? Para nada. Y entonces creí que lo debía matar como él mató al animal: sin compasión, sin compasión. Y así fue, señor juez, como lo esperé y lo maté a palos!

Hice mal, lo sé; pero esa ha sido mi suerte; él mató al animal, yo debía matarlo a él. Porque yo siento aquí —continuó golpeando con fuerza el pecho— algo que nadie puede comprender. Yo sólo lo sé, y me lo guardo, y me callo. Y no diré más.

Pronuncia esta especie de discurso, alzando grotescamente sus largos brazos, con voz grave y profunda e iluminado su horrible semblante por una sonrisa forzada.

El juez, entre tanto, se cubre la frente con las manos y parece reflexionar profundamente.

FEDERICO GANA (1868-1926). Se recibió de abogado en 1890; no ejerce la profesión. Diplomático, secretario de la Legación de Chile en Londres hasta 1891, con la caída de José Manuel Balmaceda. Escribe cuentos y poemas en prosa. Cuentos, un solo libro: *Días de Campo*, Edición de "Los Diez" (1916). Los poemas en prosas que tituló *Manchas de Color*.

CUENTO-BREVE

EL ADIVINO

Jorge Luis Borges
(Argentino)

En Sumatra, alguien quiere doctorarse de adivino. El brujo examinador le pregunta si será reprobado o si pasará. El candidato responde que será reprobado.

Guillermo Cabrera Infante (Cubano)

La multitud salió a celebrar la caída del dictador. Pero era una falsa alarma. Los manifestantes que marchaban hacia el palacio presidencial fueron detenidos por el fuego de una ametralladora instalada a la entrada del palacio. Muchos lograron esconderse en la fuente al centro del parque. Otros corrieron a parapetarse tras los árboles. Otros más dieron marcha atrás y trataron de alejarse corriendo. Fueron los que tuvieron más bajas, alcanzados por las ráfagas de la ametralladora. Hay quien dice que la falsa noticia de su huida fue propagada por el propio tirano pocos días antes de tener que abdicar realmente.

PROPOSICIONES PARA UN CUENTO DE TERROR

Juan Armando Epple
(Chileno)

La mujer de luto recibe las sentidas condolencias, dejando que las lágrimas le descompongan el sobrio maquillaje de circunstancias, y permanece en su silla hasta que todos abandonan la sala, dejándola vacía. Entonces se levanta, seca sus lágrimas, se pinta con cuidado los labios y antes de irse se inclina sobre el féretro por última vez. Una mano le acaricia la nuca, en un gesto comprensivo.

PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS

Mientras el sargento interrogaba a su madre y su hermana, el capitán se llevó al niño, de una mano, a la otra pieza...

—¿Dónde está tu padre? —preguntó.

—Está en el cielo —susurró él.

—¿Cómo? ¿Ha muerto? —preguntó asombrado el capitán.

—No —dijo el niño. —Todas las noches baja del cielo a comer con nosotros.

El capitán alzó la vista y descubrió la puerrecilla que daba al entretecho.

José Leandro Urbina (Chileno)

LA OVEJA NEGRA

Augusto Monterroso
(Guatemala)

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

FINAL

José Paredes (Chileno)

Alguien se ausulta de soslayo en el espejo. Su imagen se multiplica al infinito. Por el borde del espejo deambula algo oscuro. El hombre sigue la travesía del objeto con incierto placer. En medio, así, precisa, al igual que hilo de araña, la barata, jugando el camino ya escrito y viviéndose.

El hombre que mira, alza la bota, meditando. El bicho corre en regresión. Cae el pie sobre él. Cruje su caparazón y estalla el espejo en millones de partículas. En cada átomo algo del que irguió la bota.

Roberto Araya Gallegos

EL SAROLIMIDO

La velada culminaba. En un extremo de la sala, detrás del mesón, yo atendía el bar.

—El juego, pronto démelo —me instó esa rubia seria que es Mirta.

Me hice un lío con los ábacos que se trenzaban sujetando las manillas de los cajoncitos parietales a mi izquierda.

—¡Qué torpeza! —exclamó y con sus dedos hábiles desenredó las cuerdas rápidamente y abrió una gaveta vacía para sacar algo brillante que hirió mis ojos.

—Usted podría ser otro, u otros podrían ser los que estuviesen ahí —me espetó—. Lamentablemente es Ud. el que está. Es algo muy especial pero no lo sabe apreciar.

Esa era una verdad tan grande como sus ojos. Alguna vez, quizás un minuto antes, ansié ^{un} puesto. Mas, ahora desconocía lo que deseaba.

—¿Quién podría abrir todos los cajones?! —le grité, pero ya no oía. Se había internado en la infernal algazara del baile.

Salté ágilmente la barra y atravesando la gran sala circular llegué al rincón opuesto. Con esfuerzo, fui abriendo, poco a poco, la pesada puerta metálica que allí se alzaba y me paré en el umbral. Al fondo de esa celda triste pude ver a Drusde sentado con sus greñas cayéndole hasta el piso. Por la ventana del suelo entraba el sol directamente y sus rayos sanguinolentos jugueteaban en el techo. Drusde, flaco y pálido, alzó la cabeza lentamente y su mirada trascendió las sombras para clavarse en mí.

—¡Huye Drusde! —le dije e indiqué significativamente, con la vista, la ventana sin barrotes que yacía al centro.

—¿Tú Isaac?! —exclamó con gran sorpresa. Un aire de duda dominaba su expresión pero después de una pausa se irguió sollozante y tembloroso para caminar hacia mí. Pisándose los cabellos, desplegó sus andrajos y me abrazó.

—Sabía que podía confiar en tí Isaac, algo me decía que volverías.

Hablaba con voz cavernosa y me miraba cara a cara con honda gratitud.

—Gracias Isaac —agregó.

—No soy Isaac —le respondí secamente.

—Pero entonces ¿quién eres? —preguntó consternado.

—Soy Drusde —contesté.

Le dí la espalda, cerré de un portazo y volví a mi mesón.

—Dame un buen trago para embriagarme —era la bella Nadia exigiendo con la más hechicera sonrisa de su boca nebulosa.

Le alcancé el ánfora de barro y bebí largamente.

—Estoy hastiada de ésto —comentó decepcionada al terminar.

—Es mejor un cóctel —contesté en tanto la alargaba la coctelera y varios frascos cuyo contenido ella mezcló.

—Agrégle hielo.

Obedeció mi sugerencia, apretó la tapa y empezó a agitarse mientras el continente permanecía inmóvil.

—Todo es relativo —dijo llena de felicidad.

—Es mejor al revés, reina.

Hizo caso y comenzó a sacudir violentamente la coctelera.

—Vete Nadia, no me gustan tus bromas. Se fue estremecida por la risa. En ese momento se acercó Mirta.

—Guárdeme el sarolímido por favor —suplicaba.

Lo tiré en la cartera derecha y ella volvió a marcharse.

Miré hacia el baile. Sentía deseo de moverme según la confusa música. Divisé a Raquel insinuante y tejana. Me interné en la oscuridad que envolvía a los bailarines. Alguien se tomó de mí e iniciamos una danza larga. Era algo muy liviano y grotesco que colgaba de mis brazos. Cuando tornó la claridad ví que era Drusde.

—¡Vete imbécil! —grité indignado lanzándolo hacia los ventanales que traspasó con gran estrépito. El baile se detuvo y una calma inquietante descendió sobre el salón.

—Has asesinado a Drusde —dijeron y me iban rodeando más y más estrechamente.

—¿Por qué lo mataste? —preguntaban

amenazantes.

— ¡Los culpables de asesinato deben morir!
— clamaron varios.

— ¡Nadie es responsable de nada! — gritaron otros—. ¡Las responsables son las circunstancias!

— ¡Mueran las circunstancias! — bramaron todos.

— ¡La circunstancia culpable es Drusde!

Subieron a buscarlo. Poco después regresaron trayéndolo a la rastra. Alguien colgó una cuerda desde la lámpara central preparando una horca. Lo obligaron a firmar la confesión, se ordenó a la orquesta que tocara música alusiva y entonces un silencio siniestro comenzó a vibrar en el ambiente expectante. Drusde, llorando, imploraba piedad pero ya era inútil pues todos se mostraban implacables.

— ¡No soy una circunstancia! — protestó.

— ¿Qué eres entonces?

Guardó silencio.

Lo subieron a una mesa y, cuando ya tenía el cordel al cuello, se la retiraron bruscamente. Una ovación atronó en el recinto. Yo sentía que la cuerda me mordía cada vez más profundamente la garganta en tanto mi cuerpo se retorció desesperado. Drusde aplaudía.

— ¡Sálvame! — intenté vanamente gritarle.

Sin embargo, vi que la cuerda cedía inesperadamente bajo mi peso. Quedé libre y dispuesto a vengarme pero al ver mi furia todos escaparon. Mas, alcancé a notar que cada uno llevaba un pedazo de sogá enroscada en el cuello.

Caminé hacia la ventana y asomé mi cabeza. Abajo, en el umbroso jardín, voluptuosamente lánguida, sobre el césped, estaba la joven Nadia. A los rayos de la luna, sus bellos huesos desnudos resplandecían dorados bajo la sombra de un nudoso trébol.

Me arrastré junto a ella.

— Nadia, ¿por qué tus ojos no devuelven la luz? — le pregunté suavemente acariciando su rostro.

— La devoro.

— ¿Muchos te han poseído esta noche?

— Innumerables.

— ¡Cuánto he tratado de comprenderte mi fascinante Nadia!

— Quiero ser tuya esta noche — murmuró cálidamente—. Nunca lo he sido.

— Aún no — resistí mientras ella me clavaba

sus uñas heladas en la espalda.

Los gusanos amaban entre la hierba bañados en los destellos de las luciérnagas. Un rumoroso himno natural penetraba la atmósfera.

— Eres vieja Nadia.

— Soy tan vieja como tú — respondió irónica, mordaz.

Acaricié su calva para aplacarla.

— La fiesta todavía no ha terminado, debo regresar — dije irguiéndome.

— Déjame un recuerdo.

Le entregué el sarolímido y la abandoné.

Frente a la barra del bar, un numeroso grupo se exaltaba por mi ausencia. Yo también reclamaba.

— ¡Calla!

Me instalé en la cantina a atender los pedidos.

— Quiero algo excitante, pues me aburro — dijo un invitado bostezando.

Le rebalsé la copa con un líquido escarlata.

— ¡Algo corriente quiero yo! — exclamó Mirta riendo frenética en tanto Isaac le besaba los hombros.

Le pasé un vaso y el frasco de amargo.

— Deseo algo para olvidar — dijo un invitado pensativo.

Le entregué todas las botellas ya vaciadas.

Ahora los incontables convidados se agolpaban impacientes y el mostrador crujía. Vociferantes, exigían que se aplacara inmediatamente su sed de algo.

— ¡Algo para la pena! ¡Algo para pensar! ¡Algo para soñar! ¡Algo para comprender! ¡Algo para ver realidades diferentes!

Llenaba y llenaba vasos pero sus gritos no daban tregua. Me mareaba y extenuaba esa vorágine. Por último me desmayé.

Nerviosamente me acostaron en el mesón y llamaron al médico. Este tomó mi pulso y, con el estetoscopio fue auscultándome el traje.

— No tiene importancia — dijo al finalizar su examen—. Va a morir.

— No obstante, algunos vaciaron los vasos en mi cuerpo hasta que me recuperé. El doctor me reemplazó en el bar y yo salí a pasear por los numerosos salones y pasillos. En un apartado cuarto desierto, solo, frente a una tela, encontré a Isaac con los pinceles en la mano.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Estoy retratando al sarolímido.

—Le está quedando muy bien —comentó Raquel entusiasmada.

—¿Quién es el sarolímido?

Guardaron silencio pero, con la vista, señalaron el retrato.

Entre manchones de diversos matices de negro, distinguí la mueca burlona del sarolímido. Desde el rincón donde posaba, él me observaba socarronamente. Para evitar su mirada, lo metí de espaldas dentro del cuadro pero, con estupor, descubrí que Raquel e Isaac imitaban los modales y caracteres del retratado. Solamente se diferenciaban en el halo y en la esencia.

Regresé al baile. En rondas se danzaba, se cantaba y se reía. Noté que algunos me miraban con extrañeza y se detenían.

—Es un obsceno —murmuró una mujer.

—Es una insolencia —fue otro comentario.

—¡Qué escándalo! —añadieron otros—. No lleva máscara.

Corrí hacia el gran espejo. Era horrendamente cierto. Atrapado en el cristal, un desnudo semblante desconocido me miraba atribuladamente. La vergüenza la experimentaba en la médula misma de los huesos en tanto ellos me contemplaban. Me interné abrumado entre los danzantes cubriéndome el rostro con las manos.

—¡Una máscara, por piedad! —clamaba angustiado.

Mas, nadie me auxiliaba y la humillación crecía.

—¡Ved como todo tiene su castigo! —tomó la palabra el sarolímido y me indicó a la atención de todos que se volvieron interesados a escucharle.

—¡Ved como todo tiene sentido, ya sea hacia arriba o hacia abajo, hacia el interior o hacia el exterior! —prosiguió mientras su túnica flameaba teatralmente.

La concurrencia atendía extasiada. Algunos le levantaron presurosamente un pedestal desde el cual continuó hablando.

—...más sublimes que el amor son sus imitaciones y...

Yo le arrebaté la máscara a quien tuve más cerca y me disimulé en medio de la muchedumbre.

—Sólo existe una verdad: ...la mía.

Algunos comenzaban a arrodillarse.

Decadentes —murmuré, pero me tembla-

ban las rodillas.

En ese momento, desde un extremo, fue alzándose un clamor. Miré. Entre la multitud se abría paso un mendigo harapiento alargando, frente a cada uno, un jarro tintineante. De éste todos sacaban algo. Por fin llegó junto al orador que contoneaba con engreimiento sus aristas gelatinosas.

—Dime quién eres y te diré quién eres —le dijo el pordiosero, con voz ronca, mirándolo de hito en hito.

—La razón.

—¡¡¡Mientes!!! —aulló el harapiento y le arrancó de un tirón la careta. Los presentes se estremecieron despavoridos pues ante ellos surgió un abominable rostro descarnado, sangriento y odioso de un verdadero sarolímido.

Con periódicos antiguos lo envolví introduciéndole en una caja para devolvérselo a Mirta quien se había instalado en el piano.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Tu sarolímido.

—No sé lo que es ni lo quiero.

—Míralo bien, quizás sea hermoso y, además, está hecho a prueba de imbéciles —insistí.

—No me interesa.

Se lo ofrecí a Raquel, a Isaac, al doctor, a cuanta gente encontré, pero ninguno sabía lo que era ni lo quería. Estaban ebrios. Decidí desentenderme y lo dejé en un lugar cualquiera. Poco después se acercó Drusde.

—Doctor, no soporto más mi encierro, libéreme Ud. —me suplicaba.

—Ahí tienes, si lo crees posible —le contesté entregándole una afilada llave.

Se alejó mascullando improperios.

Había vuelto a hacerme cargo de mi puesto en la cantina donde bebía y charlaba con un grupo de borrachos. Las doce campanadas anunciaban el alba. Las negras ampollitas empezaban a parpadear y algunas se trizaban de tanto relucir.

Como los bebedores se fueron adormeciendo, sentí hastío por lo cual me alejé sin despedirme de nadie, uno por uno.

Deambulé a través de interminables galerías, escaleras, aposentos y corredores laberínticos. Extraña e insensiblemente, mis pasos terminaron llevándome hasta aquella celda ubicada en un extremo del salón principal. Quise contemplar el amanecer por la ventana que allí existía y penetré. Fatigado,

busqué asiento en las profundidades de ese encierro que invitaba a meditar. Pude escuchar, entonces, los trancos tenaces del Tiempo transportando las horas que vacía al abismo. Tuve miedo. Palpé cómo mi piel comenzaba a ajarse, mi sangre se helaba, mis ojos se opacaban y la ropa se me convertía en harapos de mendigo. Deseé huir pero la puerta se había cerrado. ¡Cuántas puertas se cierran sin darnos cuenta!, pensé acongojado. Tomé conciencia de inmensa soledad y me resigné a esperar, esperar como todos.

Una vez, después de mucho, sentí que abrían, poco a poco, la pesada puerta. Mi mirada trascendió las sombras para clavarse en alguien que se había parado en el umbral.

—¡Huye Drusde! —me dijo e indicó hacia abajo significativamente, con la vista, la ventana que yacía al centro del suelo y por la cual ya entraba el sol directamente con sus rayos sanguinolentos jugueteando en el techo.

—¿Tú Isaac? —exclamé sorprendido y dudoso, pero después de una pausa me erguí sollozante y tembloroso para caminar hacia él. Desplegué mis andrajos y lo abracé. —Sabía que puedo confiar en tí Isaac, algo me decía que volverías. Le hablaba con voz cavernosa y le miraba cara a cara con honda gratitud.

—Gracias Isaac —añadí.

—No soy Isaac —respondió secamente.

—Pero entonces ¿quién eres? —le pregunté consternado.

—Soy Drusde —contestó.

Me dio la espalda, cerró de un portazo y se fue. Defraudado y derrotado, quedé absorto en mi prisión sin poder comprender todo aquello.

Por la ventana asomó la dulce mirada de las profundas cuencas soñadoras de Nadia.

—¿Seré tuya esta noche? —preguntaba— nunca lo he sido. Si cruzaras la ventana.

—No Nadia, tú eres de todos.

—Qué imbécil y extraño eres Drusde.

—No soy Drusde.

—Pero entonces ¿quién eres?

Guardé silencio.

—Nunca te entenderé. Es mejor no tener recuerdos tuyos —dijo con despecho y marchándose me lanzó al rostro, violentamente, el sarolímido.

ROBERTO ARAYA GALLEGOS.

Santiago, 1941. En 1975 publicó "El Sarolímido" libro de poemas y cuentos. Ha sido publicado en antologías, diarios y revistas

Alvaro Cuadra

UNA SOMBRA PARADA EN LA ESQUINA

Una calle. Caminaba por la calle de Los Tilos cuando en la esquina de los Grünwald-Díaz pude ver la silueta de una niña, algo flaca y de sonrisa amplia. Sombra en la sombra, una sonrisa, no alcancé siquiera a acercarme y ella se había escapado entre la bruma y un presentimiento. Se trataba de una recién llegada donde los Grünwald-Díaz; en ese instante no le di mucha importancia, pero la idea, la idea y ese presentimiento se me quedaron dando vueltas en la cabeza.

Sacando malezas, arreglando flores, un tipo de trabajo en el que nadie repara y que, sin embargo, reporta gratificaciones insospechadas... ver crecer las flores, arrancar la mala hierba y asperjar el prado, todas cosas sutiles que lo ponen a uno en contacto con la naturaleza, que tranquilizan el espíritu. Trabajo en silencio y la verdad es que nunca hay mucha bulla, los pájaros, uno que otro automóvil a la distancia, todo.

Hoy reparaba lo de la Familia Retig, gente importante, gente de mucha plata y muy fijada en todo; yo nunca había tenido problemas con ellos, me preocupaba de cada detalle: pintura, jardines, etc. En general se podría decir que soy un buen funcionario, aunque a veces tomo un trago por ahí... eso no quiere decir...

Estaba seguro, esta vez estaba seguro, fue frente a los Grünwald-Díaz que vi la silueta de la niña, es más, pude ver su rostro y le lancé un grito; sólo me miró y corrió hacia los árboles. Yo guardaba la pala y otras herramientas cerca de allí, era ella, la del otro día. Que ni se enterara la Familia Retig de mis devaneos donde los Grünwald. Yo no sabía por qué, pero existían rivalidades entre ellos. Que quién tenía el jardín más bonito, que quién lo tenía mejor pintado, todos eran así a este lado, creo que lo dije, son gente importante... más allá es distinto, todo es más al lote, todos revueltos, juntos, es como si la promiscuidad los hiciera en cierto modo más humanos. El primer Grünwald-Díaz era hijo de un alemán que llegó el primer año de este siglo y que se dedicó a fabricar jabones;

así se casó con una Díaz, que tenía aserraderos cerca de Temuco; muy pronto Grünwald-Díaz y Cía. se vio con oficinas en el centro y todo. De generación en generación la riqueza se ha ido acrecentando. Llegaron a este sector el año 1924, cuando yo apenas era un niño que le ayudaba a mi abuelo con los claveles y las rosas, desde muy pequeño les he servido y la verdad sea dicha, han sido buenos patrones, lo que no quiere decir que los Retig sean peores!, bueno... es feo que lo diga, pero qué otra cosa nos queda a los pobres sino tratar de estar bien con todo el mundo. Los Retig no son mala gente, pero sí son muy exigentes, todo debe estar muy bien hecho, nada a medias, nada barato, todo de primera calidad.

La niña ésta, salía por las tardes. Siempre la veía pasear por las calles cercanas a la esquina de los Grünwald, siempre lo mismo... como una furtiva sombra se desvanecía entre el frío, el silencio y la noche. Parece que la niña era la menor de las hijas del viejo Grünwald y había llegado apenas hace unas semanas, así me dijo un jardinero amigo. Conocía perfectamente cada rincón, me sabía de memoria las calles y los nombres de cada familia, cada lugar era un destino al que hubiese podido llegar con los ojos cerrados; era algo que había aprendido a través de toda mi vida, así quedaban todos tranquilos y yo trabajaba en silencio... Me permitía incluso silbar mis viejas canciones y mirar el cielo por entre el follaje meciéndose al atardecer. Luego ella, cara larga, sonrisa amplia, flaca y con cara de caballo, aún así, era lo que se llama una niña agraciada.

A veces recorrí las calles, calles de una geometría perfecta... simétrico mundo silencioso que se torna abruptamente en estallido de troncos y hojas justo en esa esquina, un árbol y una sombra, parados en la esquina de los Grünwald.

Cuando se ha entrado de lleno a la geometría, entonces ya lo mismo da Grünwald que Retig, claro que mis patrones no lo saben, decir Retig o cualquier otra tontería es lo mismo en este marmóreo silencio de ciudad. Es uno, masa tibia de intestinos y pálpitos sanguinolentos el que cree que Grünwald es algo al fin de cuentas.

La cara de caballo no me quiere hablar; tan fijada como el resto de su familia, no acostumbran hablarle a los peones, no tienen

tiempo para fijarse en tan poca cosa; recordando me doy cuenta que no me han hablado en los setenta años que llevo aquí, no se han dignado ni a regalarme una mirada, sombras de sombras cada noche, pintura y jardín... apenas una dádiva, un par de monedas circunpectas cada vez que llega uno más y hay que instalarlo, luego el olvido.

Calles vacías, silencio. Lugares etéreos distribuidos en una perfecta simetría... atrás una sombra, es la cara de caballo mirando despectivamente hacia los Retig, éstos no se dan por aludidos y parecen decirle con el gesto que la reja que ellos tienen es de "fer forgé", traído de París o quizá dónde. Trato de irme a dormir para descansar porque mañana, según me dijo el jardinero, llegarán visitas donde los Retig y tendré que estar muy listo a ver si me regalan un par de monedas.

Hoy es el día. Claro, todo está listo. Jardines con flores, murallas pulidas, rejas pintadas. Todo en orden, silencioso orden, porque hoy habrá una nueva plaquita que pulir en la sepultura de la Familia Retig, orden, silencio y geometría ciudad de muertos.

Alvaro Cuadra, nacido en Santiago en 1956. Cuentista, Estudios universitarios en francés en la Universidad Católica. Colaborador Permanente con publicaciones en Europa y Estados Unidos. Actualmente reside en Santiago y colabora con el CEJ.

Jorge Calvo

UN HOMBRE EN LA LLUVIA

Con esta extraña forma de hablar que se utiliza en los sueños, ha escuchado su propia voz surgiendo desde el auricular de un teléfono, lejana y categórica —el repicar de las gotas en el alero terminó—. Las personas que caminaban por la arena, los brazos tendidos al cielo, se internan en el oleaje y, un sonido de vagones trepando acantilados, concluye de golpe, reducido al tiritar de párpados que infinitamente se alzan. Persiste el sabor acre de siluetas caminando bajo la noche. En el martillar del aguacero la nuca es un plomo gelatinoso. Y las voces, enviadas por el oráculo de la mente —el incesante golpeteo de las gotas acabó—. La mirada recorre la semi oscuridad, ve el ropero agazapado en la penumbra, las siluetas sin forma de los envases en la cómoda y por último las sombras aposadas entre los cuerpos de los muebles. Voltea la cabeza y observa el perfil demacrado de la mujer, estacionado en el sopor del sueño, la mano (de él) es un reptil que escarba bajo la sábana, toca el vientre suave y retrocede. Los ojos vuelven a girar, escarban la negrura, todavía permanece el sabor a personas hundiéndose, manos tendidas a lo alto, ¿baile?, ¿súplica?, detiene la mirada en la zona de la ventana, donde la claridad ingresa sobre la mesa y se descascara perdiéndose en la obscuridad. Se incorpora al frío, al silencio. La lluvia terminó —como si eso pudiera alterar algo—. Permanece impasible, intentando reconstruir el sueño en el momento que paró de llover, acaso las cinco, o las cinco y media. Puede oír la respiración de la mujer, inmóvil a su lado, contempla el rostro aún hermoso, aún joven. Las manos avanzan letárgicas, sin ánimo, y cogen las prendas; calcetines helados y la piel que se eriza al contacto de los pantalones húmedos. Siente la lengua torpe al afirmarse en el hielo metálico del catre —cuerpos enteros hundiéndose—. Estira las sábanas arrojando cuidadosamente a la mujer, observa los párpados cerrados, la ve mover los labios, dar vuelta sobre sí misma, desordenando las ropas y quedar, serena y alada, en el interior del

lecho. Camina a tientas, coge un chaleco, se lo introduce de cara a la ventana. Con la manga limpia del vidrio el vaho y puede contemplar su propio aliento que asciende desde la boca, liviano y amorfo. Afuera, las calles yacen ocultas por un manto de bruma que se desplaza lentamente. Durante un segundo cree estar viendo una catedral que flota a la deriva, para luego desplomarse en cámara lenta, encima de la vereda contraria. Introduce las manos en los bolsillos, los recorre despacio, están vacíos. —Si al menos tuviera un cigarrillo, o una taza de té, algo tibio—. Busca inutilmente en la mesa, escarba el tiesto sin azúcar, el puñado de migas añejas de la panera. Abre con torpeza las puertas del estante, revisa los compartimentos desolados; los residuos en los frascos, y en un rincón, la bolsa demasiado liviana del arroz. Mueve la cabeza, el pelo largo, la barba de varios días, el justo tiempo del aguacero, se acaba, inevitablemente se acaba, estamos rasguñando el fondo del viaje... hasta parece necesario. Se aproxima a la orilla de la cama, mira largo rato a la mujer. Más tarde, arrodillado, le acaricia la frente, ordena la cabellera, las manos recorren los pómulos sin llegar a tocarlos, aún hermosa, aún joven, tal vez ahora te decidas... Como si un animal cobrara repentina vida en su interior, se levanta, coge la chaqueta del respaldo de una silla y huye de la habitación. Afuera, deja transcurrir los segundos, no sabe que hacer en ese laberinto impregnado de aguas, semejante quizás a la bodega de un barco y, mientras se acomoda la chaqueta va acortando la distancia que lo separa de la escalera, toca el pasamanos y se desliza por los escalones que conducen a la planta inferior. Los conoce de memoria. Llega sin hacer ruido hasta la puerta de madera, enorme y arruinada. Una ráfaga de viento le quema la cara. Intenta dar un paso, pero resbala en los adoquines mojados a causa de la reciente lluvia y de las gotas invisibles que todavía se descuelgan. El cuerpo se aprieta en el interior de las vestiduras. Empu-

jado por el rigor de la bruma, avanza, lento por la sombría y ondulante madrugada.

En la calle, estrecha y abandonada, los árboles son esqueletos azotados por el viento. Camina sin apuro, deteniéndose a escuchar el sonido de sus propios pasos sobre el pavimento acuoso. En las proximidades de la esquina, tal vez confundido por la pesadez del silencio, da la vuelta, como si tratara de sorprender a alguien en la calle desierta, sólo la presencia de un vehículo estacionado junto a la cuneta. La piel adquiere un tono azul en el frío de la ventisca y los labios endurecen. El aire lo empuja contra los charcos y lo violenta. —Ir a casa de mi hermano—. Una vez más, repetir la historia del cheque, el correo atrasado, la mentira del empleo. Escuchar su risa, aceptando lo que digo. Adelantar las preguntas, ¿no sé cómo te acepta esa vida miserable que le das? Pero anda de viaje, hace dos semanas que no está en Santiago. Al desembocar a la avenida que circunda el cerro, se ve cubierto por la infinita extensión de un cielo lúgubre y estático. A la distancia la perspectiva híbrida de los edificios, enmarcados por el endeble horizonte, se le ocurren estatuas gigantescas, acechando el paso de criaturas invisibles. Y el invierno que se desprende de los huecos inertes de las ventanas, como un asesino taciturno. —He pasado rogándole que se marche, que regrese a la casa de sus padres. Sé que no lo hará. Es demasiado terca y, quizás demasiado leal. Después de todo, a lo mejor, en esto consiste aquello, que por nombrar de algún modo, llamamos amor, ¿pero de verdad será esto el amor?—. Pareciera que las potentes ráfagas de viento lo empujan y, lo arrastran sin rumbo, sobre el pavimento tapizado por las ramas que la tormenta arrancó de raíz, obligándolo a esquivar letreros desprendidos, fragmentos de techumbres, canaletas y un sin fin de estructuras desmembradas a la fuerza, por el ímpetu del vendaval que, por varios días ha sometido la ciudad a un asedio incesante. Se detiene en el puente Loreto, titubea, lo seduce la posibilidad de acercarse a la Vega, por Recoleta, ingresar al sector de los chacareros que, desde muy temprano, inician el trabajo de carga y descarga de legumbres y hortalizas, a los boliches de los patios interiores, donde suelen tomar su desayuno; tazones de café humeante, marraquetas con

carne y queso. —Siempre resulta posible conseguir algo; cigarrillos, dinero. ¿Pero con este tiempo, quién?—. Decide continuar hacia Alameda, errátil, como un nómada amparado en la maquinaria de la noche que lentamente retrocede. En medio del puente, acaso arrebatado por el caudal de agua turbia bajo sus pies, se deja cautivar por la visión de las ramas destrozadas, espectáculo de objetos impredecibles, pequeñas criaturas arrastradas por la corriente, medidas en el vertiginoso entrechocar de las aguas de un Mapocho trastornado por la furia y el poder. —Los últimos días, antes de la lluvia o junto con ella, palabras dichas contra toda lógica. Tú que no haces nada: zángano. Y los silencios cargados de interrogantes, dime ¿esperas que yo te consiga la comida, eso quieres?. Palabras inexplicables, y de pronto, al pasar, la sonrisa que todo lo borra, que todo lo entiende, y lo aplaca y permite respirar y darnos cuenta que ya no depende de nosotros...—. Atraviesa el Parque, cubierto por una hojarasca deshecha y barrosa. —Pero están los otros momentos, cuando se puede adquirir algo de comida, se la ve contenta, jugamos a las cartas, o yo leo y ella vaga por allí canturreando, haciendo planes, me compraré un pantalón, a tí esa bufanda...—. A lo lejos crece el zumbido de un camión que se aproxima y luego desaparece. Una claridad borrosa establece su dominio en el cielo, encadenando los edificios a una metamorfosis de sombras huidizas. Alcanza a distinguir las columnas sin base del Bellas Artes al otro lado del Parque. Las avenidas y las calles, desfilan inertes y abandonadas. Sobrevive el rumor callado de las aguas escurriéndose a las alcantarillas. —Abandonó las clases de guitarra, eso ocurrió después que me despedieron, dijo que no importaba, ya las continuaría más adelante. Al poco tiempo vendió la guitarra, primero salieron los diarios y las botellas, siguieron los libros, hasta que no quedó otra cosa que empezar a desprenderse de los muebles, abandonar la casa y adaptarse al espacio mínimo de una habitación, y los viajes a la caja de crédito popular, terminamos aceptando que nuestro mundo se hiciera cada vez más reducido, sin embargo, eso nos unía, apoyados el uno en el otro, como si la pobreza fuera el secreto de nuestra estabilidad—. El viento empuja la neblina, la barre, sobre las calles de la ciudad

sitiada. En el rincón que se forma en el hueco de un edificio, un punto rojo brilla durante unos segundos, repentinamente descende y se apaga. —Y la duda, la maldita incertidumbre. ¿Hasta cuando durará?, a lo mejor se marcha hoy día, a la casa de sus padres. Hemos tocado fondo, ni siquiera un milagro, menos con esta lluvia...—. Al llegar a Merced, ve recortándose, al otro extremo de la cuadra, dos siluetas borrosas; par de espectros, de sus brazos cuelgan sendas vasijas con el alimento de la jornada, seres que rápidos se pierden —Además, el hambre nos obliga a actuar como las fieras; la sorprendí ocultando un trozo de pan, no se lo dije, pero después, cuando quise buscarlo, ya no estaba, comienzan las discusiones, ella grita, le respondo con insultos, la guerra de los instintos, cuando al fin se hace el silencio, descubrimos que el estómago nos ha traicionado, nos engaña, me he acostumbrado a mentir, puedo robar y de este modo voy llegando y debo reconocerlo, al borde del crimen—. Se encuentra con un mendigo que ha buscado refugio en el zaguán de una casa; tosiendo, ordena sus trapos, ocupado en escarbar el interior de la bolsa sucia y parchada, la colilla de un cigarrillo, acaso restos de pan duro para llevárselo a la boca y humedecerlos en la lengua, como él mismo tantas veces. Es la imagen de los hombres en el sueño, brazos extendidos hundiéndose en la arena, en el abismo, en la hojarasca.

Surge el cerro Santa Lucía; enorme velero flotando a la deriva por las calles indefensas, semeja un antiguo galeote abandonado por la tripulación, navegando entre las arquitecturas con su cargamento de plantas y escaleras; una danza lenta, un blue inmóvil, sometido al letargo de las ventanas cerradas, elementos desarticulados por el invierno y la desazón. Los follajes derrumbados de los árboles como cadáveres tendidos en la aurora. El lejano aullar del viento que se frota contra los muros, siente el cuerpo partido en dos, cercenado, por la fría cuchillada del aire.

En el cerro; colmenas; torrecillas; antiguos fuertes escalonados. Ha estado pocas veces en la cumbre, observando Santiago, que ahora debería verse como un océano de huiros, bajo los espesos nubarrones que dominan la extensión, otorgándole un aspecto de ciudad cerrada, una selva de estructuras de hielo, de seguro primará el simétrico

itinerario de las luces, los faroles dispuestos en correcta formación, para establecer las coordenadas, enormes rectángulos de las calles, sumidas en un tiempo de cementerios, mausoleos sin vida, panteones seguros, y la visión de toda la ciudad, como un firmamento acuoso y extenuado bajo la ofensiva del temporal, herida, resistiendo a pesar de sí misma. Observa los escasos vehículos que deambulan; camiones basureros, repartidores de leche, omnibuses, que esporádicamente surgen, palpitan y se alejan, y las personas, entes absurdos, moviéndose en la penumbra y para terminar, él, de pie en la esquina de Alameda, mirando el camión de la basura, avanza lento, se detiene a cada tanto, recolecta con desperdicios. Un hombre de impermeable amarillo se desliza del parachoques, por un breve instante quedan cara contra cara, y escucha su propia voz pidiéndole un cigarrillo, el otro esconde la mano entre las ropas y le aproxima una cajetilla de Hilton, saca uno, el hombre parece estudiarlo mientras le acerca la llamarada del fósforo y luego corre para alcanzar el camión. El humo le quema la garganta, a través de las volutas lo ve alejarse, antes de que alcance a decir algo, murmurar las gracias. Así y todo, afiebrados como andamos, ayer nos alcanzó para un poco de arroz, y dos o tres tazas de agua caliente con canela; en la noche me acerqué como un ladrón, acaricié sus muslos, la sentí estremecerse, responder a las caricias, abriendo los labios, separando las piernas, murmurando cosas irrepetibles, penetrarla y sentir que las fuerzas ceden, y comprobar que, a pesar de las piedras en el vientre, todavía resulta posible ingresar a un territorio diferente, caer contra su pelo y sentir el peso de su cara sumergida en mi hombro, trataba de ocultarme los sollozos, no quería que participara de su llanto secreto e inaccesible, toqué su fiebre y su cuerpo delgado, gradualmente se fue adentrando en el sueño, derramado en murmullos confusos y, la temperatura que no cede... Una ventisca cálida lanza sus hordas sobre la calle, anunciando que la tregua está al concluir. El aguacero continuará. Camina en la luminosidad crepuscular de la Alameda. Caen las primeras gotas, ágiles y pequeñas. Cree haber visto una débil luz en el marco de una ventana; alguien se dispone a salir, o un pequeño ha despertado gimiendo, tal vez un enfermo, o quizá un

hombre que escribe sobre páginas en blanco. Pasa un bus salpicando aguas en tanto arrecia llovizna. Los guardias del edificio, al amparo de las cornisas, lo ven pasar, andando despacio, y alejarse hacia la plaza Baquedano, encogido, trémulo, bajo la lluvia cada vez más copiosa.

En Irene Morales busca el amparo de la saliente junto al quiosco, un hombrecillo menudo y eficaz, desempaca los periódicos de la mañana, y los ordena encima de un plástico. Lee los titulares.

El Mercurio: "Diez regiones afectadas por el temporal, cuantiosos daños, numerosas víctimas."

El Salvador; U.P.I. Violentos combates se libranan anoche, entre el Ejército y las fuerzas rebeldes..."

Continúa caminando. El aguacero arremete contra el pavimento, y la cantidad de vehículos que transitan es cada vez mayor. El día impone su luminosidad de cenizas. La ciudad parece sacudirse sin ganas del letargo, mientras se descargan los primeros truenos, provenientes de la cordillera; como el eco lejano de una guerra. El espectro de un relámpago triza la negra techumbre del cielo. En el suelo aumentan las lagunas y para atravesar Merced, hunde los zapatos en el agua, patina en el barrial del parque, en tanto que la lluvia se descarga sin piedad y le empapa la chaqueta, filtra el chaleco, la camisa y corre por su espalda. El bocinazo de un bus resuena muy cerca. Salta. Se apura. Desde el puente Pío Nono el río le parece un animal de muchas fauces, que brama y se agita. Esquivando los obstáculos del temporal aparece de regreso en su calle, golpeada por el viento y la lluvia. Otro relámpago se estira por encima de su cabeza. Refugiado en el umbral de la puerta, se deja arrastrar por la visión de las gotas golpeando el pavimento, incesante, abrumador. He llegado al momento en que usualmente se produce el suicidio o el crimen; y no tengo opción.

Sube los escalones de dos en dos, ingresa a la habitación. La mujer continúa dormida. Busca una toalla y se la pasa por el pelo. Se aproxima al borde de la cama y contempla el rostro pálido, iluminado por la débil luz de la mañana. Se desviste, ordena las ropas mojadas en el respaldo de la silla. Permanece desnudo, tiritando, en el centro de la pieza. Se frota el pecho, los brazos, los muslos. La

mujer gira en el lecho, emitiendo un sonido apagado. Se mete a la cama y se acurruca al calorillo tibio de las ropas, de perfil, contempla el rostro aún hermoso, aún joven, detenido en el letargo del sueño, y se va quedando dormido, mientras escucha el monótono golpear de las gotas en el alero.

Jorge Calvo (Santiago, 1952). Ha participado en diversos talleres y dirigió —en el transcurso del año 1980— el taller Resumidero, ganador de varios concursos entre los cuales se cuentan dos veces el primer lugar del Concurso de Cuentos organizado por la Caja de Compensación Javiera Carrera en los años 1980 y 1983 respectivamente con las obras "Se Acabaron los Cigarrillos" y "La Poza de los Lagartos", esta última además salió segunda en el Primer Concurso Iberoamericano organizado por la misma caja el año 1983. Además ganó el segundo lugar de los Juegos Literarios Gabriela Mistral con "El Caleidoscopio de la Avestruz" en 1983, cuentos publicados por Editorial Andrés Bello en el libro *El Cuento Chileno Contemporáneo*, en libro de la Caja junto a otros autores latinoamericanos y en revista Huelén y Atenea. En la actualidad se desempeña como editor de narrativa de la Revista Huelén.

Mauricio Fuenzalida

LOS ERRANTES

Nosotros éramos los errantes ¡cómo iba a saberlo! ¡Cómo íbamos a saberlo! Si todos estábamos contra el suelo, el rostro enterrado en la arena. Por supuesto que algunos boca arriba, pero los menos y a ojos cerrados. Eramos cinco o siete, seis no éramos. Jamás en nuestras vidas, estoy seguro, imaginamos que llegaríamos a ser los errantes. Habíamos escuchado hablar de ellos, pero al fin y al cabo y al cabo y al fin nosotros éramos los errantes. Cómo iba a saberlo. Cómo íbamos a saber que no éramos marineros. No. Tan simple como las palabras.

No fui el primero en levantar cabeza. Cuando por fin lo hice, ya uno de los nuestros, uno moreno, de barba —como todos los que nos hallábamos allí—, se mantenía a duras penas de pie. Otro —este era rubio—, se arrodilló como implorando piedad, o tal vez abismado ante la nueva tierra en que nos hallábamos. En consecuencia, fui el tercero.

Sentí el rostro irritado por la arena. Luego todo mi cuerpo. Los harapos que llevábamos puestos, hinchados y oscuros de arena mojada. Nuestros quejidos eran cortos, bajos, y a veces inaudibles. Pero no nos desnudamos. Repito que no nos desnudamos. ¿Acaso es anormal? Al fin y al cabo y al cabo y al fin nosotros éramos los errantes. Permanecemos así, con las ropas pesadas; colgando de arena ¡quién no iba descalzo! Sólo teníamos nuestros pies desnudos. Sí. Desnudos. ¿Acaso tiene algo de anormal? Al fin y al cabo y al cabo y al fin así eran los tiempos. Acaso uno o tres llevaban ojotas destrozadas, dos no.

Intenté ponerme de pie. Las manos contra la arena húmeda. Primero fue de rodillas como si clamara perdón. Pero no era así. No era yo quien debía pedir perdón, y quien sabe si existía perdón para el culpable.

El moreno me ayudó. Al fin todos comenzaron a recobrarse. Hasta que no quedó ninguno en la inconciencia. Y fui el tercero, los pies contra la arena húmeda.

Escrutamos el horizonte. Algunos se encontraban débiles aún para levantar cabe-

za. Habían dos que se conocían de tiempo ya, uno de ellos quejumbroso.

Nadie se presentó por su nombre ¿sería que no los recordábamos?

Todos habíamos quedado tendidos sobre la arena en una misma dirección, la que dedujimos por el movimiento del sol: Este.

La arena mojada. A todos nos hizo sospechar algo.

Nadie sentía hambre, sólo cansancio.

Yo había recobrado el sentimiento un tanto apartado del resto: a la derecha de mis compañeros, de modo que fui el primero en advertir a nuestra izquierda la presencia de dunas. Aunque éstas no eran muy altas, puedo asegurar que tampoco eran bajas, pero al fin y al cabo y al cabo y al fin eran dunas.

Discutimos unos minutos. No sabíamos que éramos marineros y caminamos en dirección Oeste. Iba junto a un hombre bajo, esforzado, hablador: el amigo del quejumbroso. Si también interesa el color del pelo diré que era pelirrojo. Eramos una avanzada de exploración: los otros se quedaron en el lugar esperándonos. Fuimos juntos por las dunas, el único rincón de sombra en aquel desierto húmedo. Las dunas también mojadas, el pie se hacía pesado.

Miramos el sol. A juzgar por su posición debía ser alrededor de mediodía. Aunque muchas veces la vista engaña o la naturaleza engaña. Este sol era débil, iluminaba tenuemente a pesar de que el cielo se hallaba límpido.

Caminamos los huesos empapados, las entrepiernas irritadas. Cada paso era una tortura, un dolor y una corta emanación de sangre, la sal aumentaba el dolor. Los harapos se desgarraban y quedaban en el camino.

Al cabo —y no al fin— de algunas horas nos detuvimos. Veíamos lo que temerosamente habíamos buscado. Unos kilómetros más allá entre las dunas se prolongaba infinitamente un mar azul. Sin hacer tormenta en el cielo calmo, el mar se mostraba horriblemente tempestuoso. Nos llenó de pánico el solo verlo a la distancia: olas convergentes, divergentes, paralelas y confusas. Un estruendo nos llegaba, el agua se debatía furiosa. Instintivamente dimos media vuelta y corrimos llenos de pavor, hasta que el agotamiento nos dejó tendidos sobre las dunas, lejos de nuestros compañeros.

Al fin éramos naufragos varados en la

playa, la arena mojada se extendía hasta donde nos alcanzaban los ojos, debíamos huir de la marea antes que ser atrapados por aquel mar. Me revolqué sobre el suelo negando la realidad con desesperación, y con espanto mi mirada se fijó en el cielo, debían ser más de las seis. De un momento a otro la marea subiría. Comunicé la noticia a mi compañero, y hube de retenerlo cuando intentó correr, sería más demoroso si así lo hacíamos. La vida de los otros dependía de nosotros.

Caminamos sobre nuestras huellas penosamente. Nuestros cuerpos agotados, el corazón agitado.

Al fin —y no al cabo—, el crepúsculo divisamos a nuestros compañeros, como un cuadro de moribundos de "Nombre de Jesús" o "Rey don Felipe". La marea, con gritos angustiados:

—¡La marea!... ¡subirá hasta acá, debemos alcanzar la arena seca!

Rompimos en sollozos. Caímos. Todos lloraron.

Crispando la mano en la arena que rápidamente absorbía mis lágrimas, encontré un palo quemado, y como queriendo vengar nuestra suerte lo empuñé cual sacerdote maya y lo clavé en el corazón de mi víctima: la arena. Alguien gritó, impotente: la arena húmeda se perdía en el horizonte. Nos pusimos de pie y comenzamos nuestra Ejida (¿o debo decir nuestro Calvario?), caravana de penas y sombras, arrastrándose cabizbajos por la arena, cayendo, continuando sin descanso.

Ya caía la noche, el pelirrojo se derrumbó en el camino, venía rengueando desde mucho tiempo ya. Sus quejidos tuvieron que ser ignorados hasta por el propio amigo, los gritos se extinguieron poco a poco: ni para gritar le quedaban fuerzas. Algunos alaridos escaparon de las gargantas más desesperadas cuando notamos el rumor del mar acercándose, aunque exhaustos como estábamos, ya no podíamos apurar el paso. Cada cual comenzó a pensar en sí mismo, a pesar de lo cual el grupo no se desbandó.

Aún conservábamos la esperanza, pues sumidos en la oscuridad total, en cualquier momento podíamos pisar arena seca. El rumor se hizo más fuerte. Caí de rodillas. Con los ojos nublados vi a mis compañeros alejarse.

Entonces, en el negro del cielo se elevó la pálida luna, alumbrándonos. Ante nosotros se hallaba un mar calmo, negro, turbio.

Inmediatamente todos se detuvieron, atónitos. Una ola le lamió los pies al rubio. Los ojos desorbitados, el semblante contraído en una mueca, lanzó un grito y cayó de rodillas —como pidiendo piedad nuevamente—. Luego se derrumbó de cara al agua. Lentamente, ola tras ola, desapareció su cuerpo inerte.

Ante la inminente —aunque lenta— avenida de aquel mar todos dimos la vuelta y corrimos, aún esperanzados. Yo que me veía abandonado, ahora iba delante: en un postrero esfuerzo escapé de las olas, no así el quejumbroso que entre alaridos y espuma también desapareció. Sólo quedábamos el moreno y yo, o sea el primero y el tercero. Milagrosamente alcanzamos a escapar de las olas. Entonces corrimos.

No corrí mucho. Sentí un dolor en el pie y caí revolcándome en la maldita arena. Con la mirada busqué el objeto de mi caída, encontrando el palo chamuscado enclavado en la arena. El otro se detuvo a mi lado, la vista fija adelante. Presintiendo el peligro, miré sobre mi hombro y no muy lejos pude distinguir el tempestuoso mar azul. Estábamos rodeados de agua, rodeados por dos mares, acorralados. Ante mi estupefacción, el hombre siguió corriendo hacia el mar: no tardó en derrumbarse entre las olas.

Entonces noté un agudo dolor: la sangre y la arena se mezclaban junto a mi pie. Volví a mirar el palo: también sangraba. La luna miró unos instantes mi rostro desesperado, las primeras gotas del mar bravo lamieron mi espalda. Con la mirada busqué las dunas: no estaban. Las primeras oleadas del mar negro. Era gélido, un dolor insoportable me invadió las piernas, pero no grité: en mi retina seguía grabada la imagen del hombre cayendo, quebrado bajo las olas. Las pequeñas olas convergieron hacia el palo, me allegué a él. Miré la desolación que me rodeaba, miré la luna, suplicante, el agua ya me alcanzaba los hombros, aunque permanecía sentado.

Una ola me alcanzó el rostro cegándome. Escupí la sal, ya todo sería inútil. Con las manos bajo el agua busqué la arena, la apreté con la mano y la puse contra mi pecho, oprimiéndola lo más fuerte que pude para no soltarla jamás. Era mi tierra y yo era el errante.

CRONICA

ENCUENTRO NACIONAL DE ESCRITORES JOVENES DE CHILE (1)

INFORME SOBRE LA NARRATIVA

Por Eduardo Briceño O.

Entre el 18, 19, 20 y 21 de mayo del año en curso, se congregaron en la Casa del Escritor más de ciento veinte chilenos venidos de los cuatro puntos cardinales. Concurrieron a la Convocatoria del Colectivo de Escritores Jóvenes (CEJ) para la realización del Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes, que contaba con el auspicio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH).

Evento fraternal que tuvo la audacia y el mérito indesmentible de reunir, luego de casi once años, a hombres y obras en pleno desarrollo. Quienes, ejerciendo el arte de la palabra, conversaron, discutieron, analizaron y discreparon sobre los multifacéticos átomos que dan forma a su oficio.

El suscrito, que participó como moderador, intenta, en el presente trabajo, realizar un informe del Foro-Panel que recoja el pensamiento expresado por los participantes sobre la narrativa de la década.

En el último Panel se reunieron Pía Barros (Stgo. 1957), Ana María del Río (Stgo. 1948), Antonio Ostornol (Stgo. 1954) y Jorge Narváez (Concepción, 1948), quienes analizaron desde sus respectivos puntos de vista, los vaivenes de la narrativa de la última década.

Pía Barros inició las exposiciones, en lo que llamó "una aproximación a la cuentística, en un afán de establecer líneas para un proyecto de generación", confesando su pesimismo frente al fenómeno; agudizado por la imposibilidad de la narrativa de "ocupar los canales abiertos por la poesía".

Valoró la creación de Talleres Literarios, señalando fechas y nombres claves del hecho. También recaló el aporte de la Revista Literaria de El Mercurio "Andrés Bello" como un referente válido de la nueva narrativa chilena que se habría avalado con el expediente de que los jóvenes comenzaron a ganar concursos literarios de diferente índole.

Este intento de "generación", según P. Barros, se caracterizó por la no teorización de sus miembros, por una notable influencia del "Boom" latinoamericano y su carácter intuitivo, al no "poder formarse el alero de la generación anterior precedente" que, obviamente, se encuentra en el exilio.

Enseguida, la expositora describió los elementos que, a su juicio, son fundamentales para caracterizar

a esta "generación": un lenguaje criptológico de carácter defensivo, autocensurado e irónico. Una literatura introspectiva que "enseña las consecuencias, más que los hechos, proyectándolo hacia el estado interior". Literatura de denuncia y de cuestionamiento en que se da "una multiplicidad interpretativa de los textos, junto a un narrador imperativo que da cuenta del autoritarismo del entorno". Junto a un sentido ético del erotismo que "va estructuralmente ligado a la situación comunicativa" y, por último, una interesante búsqueda por la síntesis.

Sobre la "literatura acrílica", declaró que no le interesaba pronunciarse.

Antonio Ostornol, a continuación, comenzó expresando la presunción de que se han escrito muchas obras narrativas en el período y que son desconocidas por las condiciones generales del país. Por lo tanto, su visión —reconoce— será provisional, adquiriendo el carácter de "aproximación".

Expresa que "la modificación del entorno, genera un quiebre en la evolución de las últimas tendencias literarias". Al respecto, explica que se desarrolla una literatura chilena del exilio y otra, del interior.

Sobre la literatura del exilio, a la que conoce sólo por trabajos sobre ella, defínela en dos etapas. En la primera, "se produce un fenómeno de anclaje en Chile y su acercamiento más fuerte a lo que será la denuncia del testimonio de los acontecimientos chilenos". Por el contrario, en la segunda época la

Mauricio Fuenzalida (Santiago, 1968). Estudiante de Educación Media, cursa tercer año en el Instituto Nacional. Ha incursionado en la literatura, escribiendo poemas y algunos cuentos, todos inéditos.

literatura del exilio se acerca a "una especie de mixtura con los distintos lugares" en donde escribe.

Para la producción literaria interior, A. Ostornol, hace notar el peso de la censura que "define frente a ella, algunas actitudes" de los creadores:

a) Los escritores que no acatan a la censura, buscando sus propios canales de expresión y de distribución. Es, para el expositor, una narrativa de carácter clandestina.

b) Los escritores que pretenden ignorar a la censura, "situándose en temas de valor de casi no compromiso con la realidad concreta, histórica".

c) Escritores que intentan trampearle a la censura.

El panelista se extendió sobre esta última corriente, asegurando que "ha estado presente en todo tipo de dictaduras". Se caracteriza por ser una literatura de varias lecturas posibles que especializa al lector, en tales lecturas, Otros sesgos serían la ya mencionada autocensura, el ser un arte de elipse, que expone indirectamente los hechos por medio de alusiones y medias palabras.

A continuación, hizo una interesante observación sobre el cambio que visualiza en el espacio narrativo. En efecto, según Ostornol, la generación anterior, incorporando al lenguaje el proceso de democratización general de Latinoamérica, construye sus relatos en espacios abiertos y amplios. Luego, después de la tragedia, el espacio se estrecha, se relata en lugares interiores; el espacio se convierte en un micro espacio.

Por último, el participante llama la atención sobre la "extremada violencia en la literatura" que, de alguna manera, refleja a la sociedad que la produce.

Ana María del Río inició su participación expresando que se centrará en "el cómo significa la literatura en el proceso de liberación". Para ello, señala su vocación por la intertextualidad, planteando que "en Chile, está dado en relación al texto general del poder" que se da en todos los aspectos cotidianos de nuestra vida. Agregando a continuación que "con esta perspectiva, el escritor se constituye en dos grandes ramas o grupos".

El primero intenta romper con el texto del poder: "se instalan en el centro de lo establecido". El segundo grupo tiene características singulares, no concurre a talleres, y son editados, generalmente. Según A. del Río "asumen este contratexto de la realidad, de otra manera" en un "Hiper texto"; evadiendo en intención y estilo "esta réplica y enfrentamiento a las actuales circunstancias que realiza el otro grupo".

Ejemplificó con la lectura de algunos textos y señaló nombres que representarían a las ramas descritas denominándolas como "tangentes" la una y "punzante" la otra, de "esta segunda muestra de silencio que ha corrido entre 1973 y 1983".

Concluyó recomendando, parafraseando a John Dos Passos, "mantener distancia de las obsesiones del momento" de unos y "la necesidad urgente de (atender) esta alerta en que se han especializado los otros".

El último expositor, Jorge Narváez, define a la Literatura Chilena como "un conjunto complejo y diverso de coexistencia de distintas tendencias" que denomina "sistema narrativo nacional".

Su primera afirmación se refiere a la hegemonía del "género" de testimonio. Esta tendencia, según Narváez, "es muy antigua, fundacional en la Literatura Latinoamericana". Asevera, siguiendo a Alfonso Reyes, que esta literatura es de carácter ancilar, "deja de ser un producto estético, válido en sí mismo, y pasa a cumplir un servicio". Al respecto, acusa a la crítica por no abordar o dar cuenta de esta tendencia, ya sea por desconocimiento o incapacidad. Además, asegura que el testimonio se da en todos los géneros. La literatura de testimonio sería de no ficción. En la literatura que Narváez considera de ficción, el testimonio estaría presente como elemento no hegemónico.

Por otra parte, el conferencista reconoce que el Golpe Militar del Once logró desvincular a la generación perteneciente al "Boom" con la que estaba en desarrollo al momento de la tragedia, desapareciendo el antecedente inmediato que debía encauzar a la nueva generación.

Luego señala una serie de obras y autores que podría ser nexo entre las últimas generaciones dispersas. "Junto a esta continuidad, agrega, surge otro tipo de obras que sería subversivas en relación a los temas" (se refirió a "Lumpérica" y "La Nueva Novela").

Partiendo de estas obras, apunta certeramente al fenómeno que denomina la "subversión de los géneros". Afirma Narváez que "hoy no podemos hablar de una obra literaria tradicional o de géneros tradicionales, sino de una forma de escritura en la cual, la escritura sobre la realidad, pone una práctica misma, empírica, que excede a ese tipo de escritura".

Finalmente, Narváez sistematizó sus ideas, aseverando que la ruptura en el sistema narrativo nacional se produjo por la inoperancia de la generación anterior, dándose una discontinuidad en el proceso, aunque "hay una continuidad superior que se da con la recuperación de la literatura testimonial y la aparición de las obras de Ostornol y Valdés, en quienes la continuidad se daría con la generación anterior". Sumando a este balance, la aparición del grupo literario subversivo, en relación a los géneros literarios tradicionales.

RESEÑAS

"LOS AUTONAUTAS DE LA COSMOPISTA"

Carol Dunlop & Julio Cortázar. "Losonautas de la Cosmopista. NUEVA IMAGEN S.A. - Muchnik editores. 1984, Mexico, 308 páginas.

"Losonautas de la cosmopista" es el último libro que escribió Julio Cortázar junto a Carol, su compañera. Un viaje corriente, como puede ser el París-Marsella para un francés, cobra las características de verdadera aventura si se trata de estos dos cronopios. Nada tiene que envidiar este relato a los "diarios" y "bitácoras" de un Cook, un Magallanes o un Marco Polo. La magia de la imaginación va convirtiendo cada hecho o paisaje en todo un acontecimiento, en un descubrimiento apasionado y apasionante: tarros de basura se metamorfean en "caballeros teutones"; una camioneta Volkswagen es el dragón wagneriano en que cabalgan nuestros dos amigos y al que bautizan con el nombre de Fafner. El "juego" es simple: se trata de recorrer la autopista del sur que va de París a Marsella, lo inusitado aparece cuando nos enteramos de que no es un "viaje a Marsella" sino un viaje "a la autopista"; en efecto, Osita (Carol) y Lobo (Julio) se detendrán en cada uno de los sesenta y cinco Parkings y moteles que bordean la autoruta. Poco a poco descubrimos el "otro juego", la aventura metafísica que supone ir desnudando "ese otro camino que sin embargo es el mismo". Sospechamos que nada en este libro es gratuito, cada frase está cargada de posibilidades. Quizás se trata del libro más cortazariano de todos en el sentido de la misteriosa mezcla de lo lúdico y de lo hierático, que —ya se sabe— en Cortázar llegan a ser una misma cosa.

Un libro hermoso, doblemente hermoso; por una parte es un canto a la vida y a la alegría, por otra es el último apoyo de Julio Cortázar al pueblo de Nicaragua, al que dedicó sus últimos años. Dos facetas de uno de los más grandes escritores latinoamericanos contemporáneos.

Por Alvaro Cuadra

"CAPERUCITA DESNUDANDO AL LOBO" de Edgardo Mardones; Ediciones LAR, Madrid, 1983.

Ses relatos breves, aglissimos, conforman este volumen de la colección LAR (Literatura Americana Reunida) que nos llegó por gentileza de la revista "América Joven".

En "Osa Mavor" primer cuento del libro— se aborda, a través de una situación donde se suceden distintos planos temporales (los años setenta, el golpe militar, el largo exilio) el tema universal de la pareja humana. La "osezna"—a quien está dirigida toda la narración— simboliza todo aquello que deseamos, que buscamos en alguien y que perdemos por los mil imponderables azarosos de la existencia; a la vez, la "osezna" es un ser idealizado, irreal, llevado a la máxima potencia por el hablante, quien aún cuando da indicios de sus fallas, las obvia o bien las sublima positivizándolas. Caperucita y el Lobo simbolizan de alguna forma la pareja: él dominante y agresivo; ella inocente e indefensa; el viejo dualismo oculto en una historia para niños. Mardones invierte este esquema: Caperucita desnuda al lobo, alterando los roles. Casi todo el conjunto de relatos gira sobre la inversión de roles. Finalmente, ni Caperucita ni el Lobo pueden asociarse a categorías masculinas o femeninas en forma unívoca; lo cual confirma la complejidad de la Naturaleza humana y de los fenómenos sociales. En nosotros viven ambos opuestos, luchan entre sí, se alternan en el poder, coexisten. "Osa Mayor", "La Bañera", "Madama Soul", "Cine en su Hogar" y el relato que da nombre al conjunto, son diversos enfoques, diferentes aproximaciones a este tema central, tratado insuficientemente hasta ahora en nuestra literatura. La ironía, el lenguaje poético que se entrecruza con el lenguaje narrativo y las situaciones coloquiales, son excelentes herramientas para indagar las nuevas realidades que enfrentamos.

"Nosotros" es una aguda alegoría de la represión, la violencia y el consumismo, elementos que son el pan de cada día en el mundo occidental. Los niños criados en este medio, a pesar de todo, conservan pureza e incontaminación; a través de ellos prevalece la esperanza.

En resumen, son narraciones que dan cuenta de nuestros problemas nacionales y latinoamericanos, alcanzando también una acertada universalidad. El entrecruzamiento de narrativa y poesía—una de las corrientes fundamentales de la literatura actual— encuentra en Edgardo Mardones un artifice laborioso y eficaz.

ULISES

"DOS NARRACIONES BREVES"; de Pedro Guillermo Jara; Ediciones La Abadía, Valdivia, enero 1984.

Tal como lo anuncia el título, esta publicación incluye dos cuentos breves donde la narrativa y la poesía están interpenetradas, resultando de ello un producto especialmente ágil y rico en imágenes que entrega una visión actual de nuestras vivencias sociales. Notas al pie de página, cambios en el tipo de letra, enumeraciones, desplazamientos espaciales y temporales, son recursos utilizados con habilidad por el autor. El lenguaje coloquial, diario, simple se amalgama con irrupciones líricas que no pueden sentirse como ruptura interna, dada la estructura del texto. La angustia de nuestro tiempo, la represión, las fuerzas oscuras que acechan en todo lugar y a cada instante —incluso dentro de nosotros mismos— son el leit-motiv de ambos relatos. Dentro del panorama de la narrativa actual, cuestión profusamente discutida en el Encuentro Nacional de Escritores de mayo recién pasado, los cuentos de este volumen se pueden asimilar a la llamada "tendencia de ruptura", que refunde elementos líricos y narrativos en un resultado literario nuevo y distinto. Estas "Dos Narraciones Breves" de Pedro Jara constituyen un interesante aporte a la nueva narrativa chilena que comienza a salir de la clandestinidad del sueño.

ROQUE

SERGIO BADILLA: "MAS ABAJO DE MI RAMA". Suecia, 1980.

Primer libro de cuentos de este escritor chileno residente en Suecia, y que es autor de dos volúmenes de poesía, "La Morada del Signo" (1981) y "Cantonérico" (1983). Badilla (Valparaíso, 1947), incluye en este libro un conjunto de nueve cuentos que en su mayoría se caracterizan por la presentación de mundos aparentemente irreales, cercanos a la ciencia ficción en algunos casos; pero que contienen y expresan la vivencia de seres desarraigados; personajes que buscan adaptarse a situaciones desconocidas, lo cual, refleja la situación de su autor, él que opta por la aparente irrealidad para referirse a su propia incomunicación en el exilio. Ejemplo de esto, es su cuento "La Resurrección de Ariel", donde el personaje principal, al que extrañamente le circula petróleo por las venas, lucha por su adaptación a una nueva realidad que le exige romper con su pasado, y con él, con una serie de costumbres y valores que le hacen difícil la decisión a tomar. En otros cuentos, Badilla recurre a un lenguaje más inmediato a la realidad para referirse a situaciones post once de septiembre; o asume una disputa existencial, en "El Tren de la Vida", donde los personajes —que recuerdan el "A puertas cerradas" de Sartre— buscan el sentido de sus vidas, él que, según el autor, sólo llega a encontrarse a través de la comunicación de las esperanzas y sueños de cada cual.

Interesa el libro como una manera de ir conociendo la narrativa que han desarrollado algunos escritores chilenos en el exilio, a través de nombres distintos a los ya consagrados de Antonio Skarmeta, Poli Délano o Hernán Valdés.

Ramón Díaz Eterović

ENSAYO

SOBRE EL MINI-CUENTO EN HISPANOAMÉRICA

En la narrativa hispanoamericana actual es posible perfilar un tipo de relatos, un sub-género dentro de la especie de por sí variada del cuento, que ha tenido un interesante desarrollo: es un tipo muy breve de narración que una revista mexicana ha bautizado como "mini-cuento", y que Enrique Anderson-Impert define como "cuentos en miniatura". Escritores destacados, como Borges, Arreola, Cortázar, Monterroso, Denevi, etc., incluyen en su obra literaria excelentes "mini-cuentos", y un examen de la cuantitativa hispanoamericana en general permitiría reunir un amplio repertorio que destaque el arraigo y la vitalidad creadora de esta forma narrativa.

Algunos de estos relatos provienen directamente de la tradición oral, y se emparentan con el folclore o la leyenda; otros son re-elaboraciones de historias ya fijadas en textos clásicos, con las cuales establecen una relación inter-textual; otras constituyen elaboraciones ficticias de anécdotas, casos o sucesos de la experiencia contemporánea; y finalmente están aquellos que definen, en pocas líneas, un universo de significación autónoma y autosuficiente.

En el capítulo sobre la "Génesis del cuento", de su libro *Teoría y técnica del cuento* (Buenos Aires: Marymar, 1979), Enrique Anderson-Impert señala que estas formas breves pueden detectarse en los comienzos de la literatura, hace cuatro mil años, como relatos intercalados (en textos sumerios y egipcios, por ejemplo), y que luego en la literatura griega (Heródoto, Luciano de Samosata) comienzan a recortarse como una digresión con unidad y sentido más o menos autosuficiente. El autor destaca, como característica originaria, su situación de textos enmarcados en un discurso mayor, generalmente en forma de diálogos, y su función digresiva, destinada a desviar al oyente del curso normal de las situaciones expuestas en los diálogos proponiendo hechos extraordinarios, para sorprenderlo o regocijarse. En su antología *Los primeros cuentos del mundo* (Buenos Aires, Mayumar, 1977), Enrique Anderson-Impert reúne un amplio repertorio de estas narraciones breves.

Es en la Edad Media cuando se empiezan a discernir, en el discurso narrativo, formas más o menos específicas de ficción breve, especialmente en la literatura didáctica. Además de las expresiones de la tradición oral y popular como las leyendas, los mitos, las adivinanzas, el caso o las leyendas, en que importa más el asunto que su formalización literaria, surgen formas artísticas articuladas como modos formales de discurso que adquieren un mayor grado de diferenciación, como la alegoría, el ejemplo, el apólogo, la parábola. Estas se diferencian de las "formas simples" (estudiadas por Andre Jolles en *Einfache Formen*, 1930) porque codifican estructuras narrativas con una función semántica especializada.

En el "mini-cuento" que encontramos en la nueva narrativa hispanoamericana, extremadamente diversificado, se perciben relaciones dialogantes tanto con la tradición oral y folclórica como con la tradición llamada usualmente "cultura" (un término más apropiado sería llamarla "libresca"), que se remonta a esa época. Aunque hay muchos textos que pueden filiarse a la tradición más reciente de la "greguería" o que constituyen simplemente nuevas expresiones de "agudeza" o exploraciones paralelas a la anti-poesía: proposiciones de anti-relatos.

Una línea narrativa que es importante destacar es la que basa su asunto en la experiencia cotidiana colectiva que se suele transmitir oralmente, sea como "suceso"

o como "anécdota", y que el autor recoge como experiencia significativa para fijarla en un texto autosuficiente, formalizando sus líneas esenciales. Son textos que buscan plasmar a la vez la frescura coloquial del lenguaje con que se transmitió oralmente la historia y su significación literaria en tanto experiencia humana. En este sentido, el narrador es sólo la figura intermediaria que oye y transcribe una historia cuya autoría hay que otorgársela a la comunidad en que surgió. El escritor chicano Tomás Rivera, hijo de campesinos mexicanos que se establecieron en Estados Unidos, incluye en su novela *Y no se lo tragó la tierra* una serie de breves relatos intercalados que provienen sin duda de la tradición oral del sector campesino de la extensa comunidad chicana. La población de lengua española en Estados Unidos alcanza ahora a más de 15 millones de habitantes, y se estima que a fines de siglo llegará por lo menos a 25 millones. De la literatura en lengua española que se produce en Estados Unidos la literatura chicana es la que presenta un desarrollo más extenso y variado. Una de sus características, y que la hace especialmente atractiva y "diferente" para el lector norteamericano, es su íntima relación con la tradición folclórica e incluso con la cultura indígena de México. Esto se explica en parte por el hecho de que la mayoría de la población chicana es de origen campesino, y que la continua emigración que cruza el Río Grande proviene de los sectores más desposeídos de México, que buscan en este país opciones de trabajo y de mejor remuneración negadas en su tierra de origen. Ellos traen consigo, además de sus brazos, el rico repertorio cultural y literario del sector popular de México, que se mantiene y reformula en expresiones predominantes orales. Para los escritores chicanos que se identifican con este sector social (pues hay otros que se han asimilado ideológica y culturalmente al mundo anglosajón), esta cultura constituye la fuente básica de su obra literaria. La perspectiva de sus obras es muy similar a la que orientó los textos de Miguel Angel Asturias en su vinculación con la tradición oral de la cultura maya: formalizar la experiencia y los sueños colectivos; ser parte de la "gran lengua" de la tribu.

En la cultura de la comunidad chilena que se ha acentuado en Estados Unidos y Canadá (y uso el término cultura en un sentido amplio, como modo diferenciado de vivir y expresar la realidad colectiva, desde los hábitos y conductas cotidianas hasta las formalizaciones artísticas de la experiencia) llama la atención el rico repertorio anecdótico que circula en forma oral, con historias que es posible encontrar,

sin grandes variaciones, tanto en las heladas regiones de Edmonton u Ottawa como en los cálidos barrios de San José o Los Angeles. Muchas de estas historias, que la comunidad chilena ha ido definiendo en sus líneas de significación esenciales, sirven (y han servido) como temas para nuevos cuentos cortos. Hay algunas que oscilan entre el chiste (en muchos casos de equívocos lingüísticos entre el español y el inglés) y el "caso" o "suceso". Las fronteras son siempre ambiguas, pero lo que sostiene el relato como situación digna de contarse es la carga de experiencia que comunican. La posibilidad de convertir la experiencia en literatura queda en manos del escritor talentoso, aquel que es capaz de unir en su escritura la contingencia de los hechos narrados con su significación trascendente. O dicho con referencia a dos modalidades del discurso narrativo que

suelen polarizarse: buscando la relación dialéctica entre el testimonio (aquel hecho irreplicable que le sucedió a un individuo una vez en un lugar dado) y la alegoría (la conversión del hecho en abstracción absoluta). Creo que esa forma de relato simple que está entre el chiste y la anécdota, donde convergen el hecho testimonial con el asunto que puede contarse repetidamente cambiando los personajes, el tiempo y el lugar donde ocurre, establece un puente entre la experiencia concreta y su posibilidad de formalizarla como conocimiento literario. De hecho, parece haber un principio de selección en el canon de historias que circula en la comunidad chilena exiliada, y que no son ni chistes ni anécdotas, sino relatos que buscan situar una zona a la vez concreta y posible de la experiencia narrada. Plegándose a la magia del tres, pero esperando que no tomen esto como una digresión del curso de este texto, quiero transcribir tres historias que he oído en varios lugares. La primera se suele contar en Estados Unidos y Canadá; las dos últimas tienen un radio de circulación mayor, ya que se cuenta tanto en Estados Unidos como en Europa, cambiando las referencias de lenguaje cuando es necesario. Un chileno nostálgico, luego de pasar un fin de semana encerrado en su cuarto, sale a la calle buscando un negocio abierto donde comprar un refresco para apagar la sed. Como acaba de llegar al país y no sabe inglés, busca un supermercado donde se puede comprar sin hablar. Pero es domingo y está todo cerrado. Por suerte encuentra a un compatriota con más experiencia y le cuenta su problema. Este le dice que hay una solución automática a mano, que sólo debe buscar una de esas máquinas que venden refrescos en lata, poner unas monedas, y ya está. El chileno sigue recorriendo las calles, hasta que encuentra una de esas máquinas. Pone algunas monedas y espera el refresco. No pasa nada. Pone más. Nada. Gasta todo el sencillo que trae en los bolsillos. No se oye padre. Finalmente empieza a deletrear las palabras impresas en la máquinas, todas en inglés, hasta que encuentra una que dice "dime" (el "daim" es la moneda de diez centavos). Creyendo que la máquina le está hablando en español, se le acerca y le dice, casi al oído: ¿podís venderme una coca-cola, que estoy que me cago de sed?. Otro chileno recién llegado a Nueva York (aquí se puede cambiar el país y el idioma) se pierde el primer día en pleno centro de Manhattan. Desesperado, y con la única moneda que tiene en el bolsillo, llama por teléfono al único compatriota que ha conocido en la ciudad y le dice que está perdido. Su amigo le promete que va a ir a buscarlo de inmediato, y le pide que le indique el lugar preciso donde está en ese momento. El chileno mira los letreros de las calles, y le responde: estoy en la calle "No parking" (no estacionar) esquina con "One way" (calle en una sola dirección). Y corta la comunicación. La tercera historia, que no se centra en el motivo del equívoco lingüístico sino que establece otra unidad de sentido, referida simple al tema del conflicto cultural, la oí un par de veces en Estados Unidos y luego me la contó en París el poeta Gonzalo Millán, a quien se la refirieron como un hecho acaecido en Holanda o Alemania. En una reunión social que tiene lugar en el décimo piso de un edificio de departamentos, un chileno recién llegado se empeña en convencer a sus compatriotas de que ha tenido experiencia como paracaidista. Allí salté muchas veces desde un avión, y sé que es una forma muy segura de volar, les dice. Los amigos lo toman para el divino tandeo, o lo ignoran. En un momento en que su credibilidad está tocando fondo, abre de improviso la ventana y se lanza afuera. Los chilenos que viven en los pisos bajos lo ven caer, y salen a ver qué le pasó. Afortunadamente ha aterrizado en un jardín de arbustos protectores (o una lona, o una piscina) y sale bien librado de su aventura, con solo algunas magulladuras. De ahí en adelante, todos lo reconocen con el sobrenombre

de "El cóndor pasa". Estos "acaecimientos" —para darles un nombre tentativo— suelen referirse en un circuito socialmente agotado de la comunicación y la transmisión de experiencias, en el que definen su sentido inmediato: forman parte del repertorio mimético-simbólico de las comunidades chilenas exiliadas en distintos países, y más aún, se cuentan preferentemente en reuniones donde hay compatriotas recién llegados, que recién están aprendiendo a vivir en ese mundo inédito de problemas y retos, y para quienes el relato sirve a la vez de puente de integración (en la medida en que lo narrado supone entender un código de referencias lingüísticas y culturales comunes al grupo, y que el oyente tendrá que saber para encontrarle "gracia" al asunto que le cuentan) y de advertencia: esto le ocurrió a otros, y no te va a ocurrir a tí. En este sentido, el relato, junto con entretener, cumple esa función didáctica que en tiempos pasados se definía como *exemplum ex contraria*. Algunos de estos "acaecimientos" han servido de asunto a cuentos literarios.

En la línea de relatos breves que establece una relación intertextual con obras literarias de la tradición clásica, destacan las reelaboraciones de mitos e historias famosas, y la predilección por la "fábula" como género de renovada eficacia. Esta última forma ha estado asociada tradicionalmente con la sátira, y varios narradores hispanoamericanos de hoy han actualizado sus posibilidades formales como vehículo para elaborar una imagen satírica de la sociedad actual. Entre estos nuevos "fabulistas" hay que mencionar a Juan José Arreola y a Augusto Monterroso. Son dos autores que, en verdad, han explorado con notable creatividad diversos modos de discurso ficticio: fábulas, parodias (tanto de historias como de géneros), alegorías y relatos satíricos no asociados con la fábula.

El escritor guatemalteco Augusto Monterroso ha podido unir con habilidad las dos fuentes más recurrentes del cuento breve: la tradición oral con la libresca. La solución narrativa, que le permite crear una interesante relación dialógica entre formas social y estilísticamente diferenciadas de discurso, es la creación de un pueblo imaginario, San Blas, con sus lugares de reunión (el bar de Fénix), su periódico (El Heraldó) y una gama de personajes que van desde trabajadores anónimos a empalagosos críticos de literatura y arte. El narrador cumple la función de cronista que reúne (y fija literariamente) las distintas modalidades de discurso que proliferan en la comunidad (desde los dichos y aforismos hasta las historias con una base argumental ya definida). La aparente ausencia de una voz autorial única contribuye a crear una ilusión de inmediatez frente a lo narrado, diversificando las voces y los registros expresivos de una comunidad que es una metáfora del mundo latinoamericano de hoy, y haciéndonos olvidar que se trata en rigor de una serie de cuentos cortos creados —e hilvanados— por la imaginación prolífica del autor.

En el canon a que nos referimos hay, finalmente, una serie de otros relatos cortos cuya formalización literaria, en cuanto relato imaginario con significación autónoma, se puede establecer distintivamente, sin necesidad de referirlas a otras formas. Se trata, en rigor, de expresiones del cuento literario que han requerido de pocas líneas para formalizar su sentido como ficción autosuficiente.

Pero, en general, todas estas expresiones escritas, estas historias fijadas en textos, habría que considerarlas como cuentos. ¿Qué es lo que las diferencia de otras expresiones escritas que el lector se resiste a entenderlas como ficción breve? ¿Cuál es el límite entre el chiste, el aforismo, el dicho y el cuento propiamente tal? En las distintas teorías sobre el cuento la caracterización genérica se establece a partir de una comparación explícita o implícita con la novela, y los rasgos distintivos que se proponen (la brevedad, la singularidad temática, la tensión o la intensidad,

estos últimos relacionados con la depuración de digresiones argumentales y lingüísticas) siguen resultando insuficientes como categorías diferenciales. La existencia de novelas cortas ("nouvelle"), de extremado rigor argumental y formal, y de cuentos que han requerido muchas páginas, sigue poniendo en jaque el criterio tradicional de la extensión como límite entre ambos géneros. Con el cuento brevísimo el problema de la caracterización genérica se complica más aun, por su relación con un registro amplio de formas breves, orales y escritas.

Se puede postular, como criterio provisional de diferenciación, situar el límite no en la extensión (porque hay incluso cuentos de una sola línea) sino en la naturaleza de lo narrado. En la existencia de una situación narrativa única formulada en un espacio concreto y en su curso temporal, aunque esa unidad (acción, espacio, tiempo) esté simplemente sugerida o latente. El cuento de Augusto Monterroso, "El sueño", es un buen ejemplo. "Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí". En este cuento la acción está reducida al punto mínimo, al centro clave de la tensión narrativa, mostrando el quiebre de las fronteras entre la realidad y el sueño, la súbita irrupción de lo fantástico. Pero esa línea muestra también un curso temporal (fijado en los verbos) y una referencia a la contingencia espacial ("allí", el lugar en que el personaje dormía). Hay sin duda otros cuentos en que no están explicitados todos estos elementos que suelen concurrir en una historia (algo que hace o le ocurre a alguien alguna vez en algún lugar), pero donde hay al menos alguno de ellos sosteniendo la concreción de lo narrado, estando los otros sugeridos.

En todo caso, cualquier caracterización genérica que se proponga será siempre aproximada, porque la imaginación y la variedad expresiva de los escritores siempre sobrepasan los parámetros con que solemos fijar las modalidades narrativas al estudiarlas. Precisamente uno de los resortes de la innovación reside en la voluntad de trasgredir las formas (géneros, estilos, cánones etc.) establecidos en la literatura precedente.

Juan Armado Epple
Universidad de Oregon.

tantes del género. Algunas de las mejores novelas policíacas escritas hasta el momento no logran engañar hasta el final al lector inteligente (las de Austin Freeman, por ejemplo). Pero una cosa es adivinar la identidad del asesino, y otra muy distinta es ser capaz de confirmar esta conjetura a través de un razonamiento. Como los lectores son muy diferentes entre sí, algunos de ellos adivinarán una solución perfectamente oculta, mientras que otros se dejarán engañar por el enigma más transparente. ¿Existe algún lector moderno que se deje engañar por *The Red-Headed League* de sir Arthur Conan Doyle? ¿Una investigación policial moderna podría dejar de resolver *The Purloined Letter* de Edgar Allan Poe? Pero tampoco es necesario, y ni siquiera deseable, mantener el engaño del aficionado hasta el final. Un misterio adivinado a medias intriga más que un misterio en el que el lector se siente totalmente perdido. La vanidad del lector queda halagada por haber levantado ligeramente la bruma. Lo importante es que al final quede la suficiente bruma como para que el autor pueda dispersarla.

7. Cuando se revela la solución, ésta debe parecer inevitable. Más de la mitad de las novelas policíacas que se publican violan esta regla. No sólo porque las soluciones no son inevitables, sino porque aparecen visiblemente trucadas, cuando el autor se ha dado cuenta que su asesino inicial estaba a punto de ser descubierto.

8. La novela policíaca no debe intentar hacerlo todo a la vez. Si se trata de la historia de un enigma que funciona a un nivel mental elevado, no podemos convertirla también en una aventura violenta o apasionada. Una atmósfera de terror destruye cualquier pensamiento lógico. Si la historia se basa en unas presiones psicológicas complicadas que empujan a las personas al crimen, no es posible encontrar también en ella el análisis imparcial de un investigador experimentado. El detective no puede ser simultáneamente el héroe y la amenaza; el criminal no puede ser al mismo tiempo la víctima de las circunstancias y un canalla desalmado.

9. Es preciso que de una manera u otra, y no necesariamente a través de los tribunales de justicia, el criminal reciba su castigo. Contrariamente a la creencia popular, eso no tiene nada que ver con la moral. Se limita a formar parte de la lógica del género. No hacerlo sería como una disonancia irritante.

10. Es necesaria una razonable honestidad con relación al lector. Esto es algo que se dice con frecuencia, sin llegar a comprender siempre lo que supone. ¿Qué significa la honestidad en este campo? No basta con establecer claramente los hechos, es preciso también que se puedan descubrir en ellos los elementos de un razonamiento. No hay que ocultar ninguno de los datos al lector, ni atribuirles una importancia relativa engañosa. Los detalles que carecen de importancia no deben ser presentados como si estuvieran cargados de sentido. Sacar deducciones es el ABC del detective, pero debemos saber las suficientes cosas acerca de su pensamiento para que la mente del lector pueda funcionar con la suya. El principio fundamental consiste en que, llegado a una cierta fase del desarrollo, un lector bastante perspicaz podría cerrar el libro porque ya ha descubierto el principio del desenlace. Pero esto supone algo más que el mero conocimiento de los hechos; supone también que el lector normal es capaz de deducir unas conclusiones acertadas. No debemos suponer en el lector unos conocimientos excepcionales, ni una memoria normal respecto a los detalles ínfimos, pues en realidad el lector no

ha tenido acceso a unos elementos susceptibles de darle la solución; no ha hecho más que ver los paquetes que los contenían, sin llegar a abrirlos.

Sumergir el detalle esencial bajo una oleada de palabras irrelevantes es admisible si la dinámica de la historia ha creado la tensión suficiente como para que el lector esté precavido. Si es preciso que el lector posea tantos conocimientos como el doctor Thorndyke para resolver un enigma, esto resulta claramente imposible. Si el principio de *Trent's Last Case* de E.C. Bentley es verosímil, ello se debe a que la lógica y el realismo carecen de sentido. Cuando la hora real de un asesinato depende del hecho de que la víctima sea hemofílica, no cabe esperar que el lector comprenda gran cosa del caso antes de ser puesto al corriente de esta hemofilia; una vez se le ha informado de ello (pienso en *Have His Carcase* de Dorothy Sayers) desaparece el misterio, pues las horas de las coartadas ya no concuerdan.

Nos hallamos, evidentemente, ante mucho más que un simple truco, más o menos aceptable, cuando acabamos por descubrir que el criminal es el detective, puesto que por definición y por tradición el detective es la persona que busca la verdad. Implícitamente, el lector siempre está convencido de que el detective no miente. Parece natural que esta regla debiera extenderse a todo narrador en primera persona, y a cualquier otro personaje a través de cuyos ojos se cuenta la historia. La omisión de los hechos por el narrador en tanto que tal, o por el autor cuando pretende exponerlos bajo la perspectiva de uno de los personajes, origina un flagrante delito de deshonestidad. [Hay dos razones por las cuales la violación de esta regla en *The Murder of Roger Akroyd* de Agatha Christie nunca me ha afectado: 1) Esa deshonestidad está muy hábilmente explicada, y 2) la presentación de la historia y el elenco de personajes demuestran claramente que el narrador es el único asesino posible, hasta el punto de que el problema que se le plantea al lector inteligente no es el de saber "¿Quién ha cometido ese asesinato?" sino más bien "Sígueme de cerca, y atrápame si puedes"].

Así pues, parece evidente que todo este problema de la deshonestidad no es más que una cuestión de intención o de acento. El lector acepta que le engañen, pero no con una tontería. Acepta la mala interpretación de una pista, pero no a causa de la debilidad de sus conocimientos en química, geología, biología, patología, metalurgia, o media docena de ciencias más. Acepta perfectamente que olvidará unos detalles que más adelante se revelarán importantes, sin que eso le lleve a acordarse de mil incidentes sin ninguna importancia. Y en el caso de que, como ocurre en algunas novelas de Austin Freeman, la prueba irrefutable exija unos conocimientos científicos, el lector confía en que el descubrimiento del culpable corresponda a un cerebro de una perspicacia normal, aun en el supuesto de que para identificarle haga falta la mano del especialista.

Muchas de estas sutiles deshonestidades son intrínsecas al género. Creo que fue Mary Roberts Rinehart quien hizo notar que el interés de una novela policíaca consistía en que contenía dos historias en una: la historia de lo que había ocurrido, y la historia de lo que parecía haber ocurrido. Puesto que hay que ocultar algo, debe haber varias maneras de hacerlo. Es una cuestión de matiz. Algunos trucos resultan chocantes porque son demasiado evidentes, y una vez aclarados no dejan nada. Otros resultan agradables porque son insidiosos y sutiles, como una mirada cazada al vuelo, de la que no se sabe qué quiere decir, salvo que no presagia nada bueno. Cabría acusar, por ejemplo, de deshonestidad a todos los relatos en primera persona, a causa de su aparente sinceridad, y de la posibilidad de suprimir los razonamientos del detective a la vez que se ofrece una narración

INDICE

Julio Cortázar: Satarsa	5
Guillaume Apollinaire: El marinero de Amsterdam...	12
Roberto Alifano: No somos nada	14
Federico Gana: El carácter	15
Cuento-Breve	17
Roberto Araya G.: El Sarolímido	18
Alvaro Cuadra: Una sombra parada en la esquina	21
Jorge Calvo: Un hombre en la lluvia	23
Mauricio Fuenzalida: Los errantes	27
Crónica	29
Opinión	31
Ensayo	33

SEUDONIMOS DE LA MUERTE

Poemas de Gonzalo Millán.

Ediciones Manieristas, octubre 1984

\$ 250 (giro postal o cheque)

Pedidos a casilla 3570

Correo Central - Santiago

HUESPED DEL GUSANO

Poemas de Guillermo Trejo

Ediciones Trevi, Santiago 1984

\$ 250 (giro postal o cheque)

Pedidos a casilla 3570

Correo Central Santiago

"NADA HA TERMINADO"

Libro de cuentos de Diego Muñoz Valenzuela (ediciones de OBSIDIANA 1984) \$ 200 (giro postal o cheque). Pedidos a Casilla 3570 Correo Central Santiago.

"AUTOS DE FE" JOSE PAREDES

Libro de Poemas (ediciones Manieristas, 1983) \$ 300 (giro postal o cheque). Pedidos a casilla 3570 Correo Central Santiago.

Pluma y Pincel. Toda la cultura. Pídala en su quiosco más cercano o en las buenas librerías.

Más información al fono: 2222017.

Quien escriba cuentos envíelos a nuestra casilla N° 3570 Correo Central o a Almirante Simpson N° 7, casa del Escritor a nombre de Diego Muñoz V. o de José Paredes. Santiago - Chile.

NUMERIA

CONTABILIDADES, ASESORIAS
Y DEFENSAS TRIBUTARIAS
INICIACION DE ACTIVIDADES
LEYES SOCIALES, ADMINISTRACIONES
TERMINOS DE GIROS
Fono: 778308
Alonso Ovalle 846 Of. 206

LIBROS RUCARAY

Compra y venta
Filosofía - historia
arte - literatura
Merced 350 F. 396046
SANTIAGO

COMPOSICION ELECTRONICA I.B.M.

Manuel Muñoz Fernández
Pedro León Ugalde 1555
Fono: 5552419
Atención especial a escritores

VIAJES ATLAS

PASAJES NACIONALES
E INTERNACIONALES
Pedro de Valdivia 0139
(entre Providencia y Costanera)
Fonos 2238674 - 2232353 Stgo.

CAFE DEL CERRO

ENCONTREMOS EN EL ARTE
Y LA AMISTAD CON LO MEJOR
DEL CANTO NUEVO - JAZZ - FOLKLORE
CANTAUTORES - TEATRO - HUMOR
POESIA
DE LUNES A SABADO DESDE 19,30 HRS.
Ernesto Pinto Lagarrigue 192
Barrio Bellavista - Santiago

CAFE "LA ROMANINA"

Desayuno - almuerzo - onces - combinados
MERCED 747
(San Antonio - Mac Iver)
ATENDIDO POR SU DUEÑO

LIBRERIA "ERIK A"

José Blanco Abarca
Libros de OCASION.
Irrázabal 3449 - Ñuñoa.
Santiago - Chile.

JARDIN ANTUMAHUIDA

Mireya Solís de Ovando F.
Plantas de interior - arbustos - árboles
diseños - fumigaciones - construcción y
mantención de jardines. Fono: 2422664
Av. Presidente Kennedy 7536

P O V I N

POMADA VITAMINICA CICATRIZANTE

pomada regeneradora
de los tejidos,
quemaduras,
irritaciones
y coceaduras
de las guaguas.

Silesia S.A.
Av. Chile-España 325
Santiago

detallada de sus palabras, de sus actos, y de un gran número de sus reacciones emotivas. Debe llegar un momento en que el detective pasa a formular su conclusión sin informar de ello al lector, un punto en que el detective cesa repentinamente de pensar en voz alta (los auténticos conocedores lo descubren) y cierra con suavidad la puerta de su mente en las narices del lector. Tiempo atrás, cuando el lector todavía era ingenuo, y había que zarandearle para que entendiera que estaba ocurriendo algo anormal, el detective decía: "Bueno, ya tenemos todos los hechos. Si los examina cuidadosamente, estoy seguro de que se le ocurrirán varias explicaciones de estos singulares acontecimientos". En nuestros días, esto se hace con menor ostentación, pero tenemos que seguir contando con esa puerta que se cierra.

Para terminar con este tema, habría que añadir que el problema del *fair play* en una novela policíaca es meramente profesional y artístico, y que carece de la más mínima significación moral. El problema reside en saber si el lector ha sido engañado de acuerdo con las reglas, o si, al contrario, ha recibido un golpe bajo. En este tema, la perfección es imposible. Una sinceridad absoluta destruiría el elemento de misterio. Cuanto más hábil sea el autor, más desvelará la verdad, y más disimulará con sutileza lo que no puede decirse. Este juego de destreza no sólo carece de reglas morales, sino que las leyes que lo rigen cambian constantemente. Y eso es absolutamente necesario, pues el lector es cada día más astuto; en tiempos de Sherlock Holmes, si el mayordomo paseaba furtivamente bajo las ventanas de la biblioteca, se convertía de modo automático en un sospechoso. En la actualidad, eso bastaría para alejar de él cualquier sospecha, pues el lector contemporáneo no sólo se niega a dejarse engañar por tales procedimientos, sino que sabe, además, que se intenta engañarle. Todos los detalles a los que apenas se preste atención pasan a ser importantes para él, cualquier personaje que no resulte sospechoso se convierte en uno de ellos, y todo lo que lleva al detective a mordisquear la punta de su bigote y a adoptar un aire grave es justamente rechazado como algo carente de importancia por el lector advertido. Podría llegar a afirmarse que la única manera eficaz y honesta de engañar al lector consiste en forzarle a ejercer su sagacidad sobre un falso problema, a fin de llevarle a resolver un misterio (puesto que uno u otro debe resolver) que le conducirá por un camino paralelo respecto al problema central. E incluso en este caso habría que mentir más de una vez.

Adenda

1. Escribir la novela policíaca perfecta es imposible. Siempre hay que sacrificar algo. Sólo se puede aspirar a un único valor soberano. Y éste es el reproche que formulo a la novela de deducción. Su valor supremo reside en algo que no existe: un problema que se resistirá al análisis de un buen abogado efectúa de un problema jurídico. No es que tales historias no sean apasionantes, pero nada compensa sus puntos débiles.

2. Se ha dicho que todo el mundo prescinde del cadáver. Absurdo. Significaría rechazar un elemento importante. Sería como decir que el asesinato de vuestra tía os afecta tanto como el asesinato de un desconocido en una villa donde nunca habéis puesto los pies.

3. Un serial policíaco rara vez llega a ser una buena novela. Continuará en el próximo número: el efecto está ahí. Cuando se juntan los capítulos en un solo volumen, estos momentos de falso suspense pasan a ser simplemente irritantes.

4. El amor casi siempre debilita una novela policíaca, pues introduce una especie de suspense contrario a la lucha del detective por resolver el problema. Es algo que falsea las cartas, y nueve veces de cada diez supone la eliminación de al menos dos sospechosos útiles. En este caso, la única forma de amor eficaz es la que añade un elemento de peligro personal al detective. Pero, al mismo tiempo, percibimos instintivamente que se trata de un simple episodio. Un buen detective no se casa jamás.

5. La paradoja de la novela policíaca consiste en que su estructura no suele aparecer cuando la examina de cerca una mente analítica, siendo precisamente a este tipo de mentes a las que más atrae. Es evidente que existe una clase de lectores sedientos de sangre, de la misma manera que existen lectores preocupados por la psicología, o por el sexo a través de otra persona. Sumados todos ellos, apenas llegan a formar una pequeña minoría en relación con las personas de mente perspicaz amantes de las novelas policíacas precisamente a causa de sus imperfecciones.

Se trata de un género que nunca ha decaído. Y a ello se debe el error de los que anuncian su decadencia y su desaparición. Como forma nunca ha sido mejorada, jamás ha llegado a ser modificada. Los académicos no se han metido con ella. Sigue siendo demasiado fluida y variada como para admitir una fácil clasificación y su influencia sigue siendo aún muy extensa. Nadie sabe exactamente qué es lo que lo hace funcionar, y con frecuencia algunas novelas policíacas famosas carecen de una u otra de las cualidades estimadas como esenciales. La novela policíaca ha dado mayor cantidad de mala literatura que cualquier otra forma de ficción, y probablemente mayor cantidad de buena literatura que cualquier otro género literario de tan amplia aceptación y estima.

6. Que se me muestre a alguien incapaz de soportar la novela policíaca: se tratará, sin duda, de un mentecato, un mentecato inteligente —es posible— pero de todos modos un mentecato.

RAYMOND CHANDLER